

R.L. STINE

pesadillas[®]

¡Sálvese quien pueda!



¡Es un animal auténtico!

de

Ginger Wald y sus hermanos gemelos, Nat y Pat, están perdidos en el bosque, pero no tienen ningún problema. Después de todo, Ginger quiso ir a ese estúpido campamento de verano. Sin embargo, hay algo raro en esa parte del bosque. La hierba es rojiza, los arbustos son de color violeta y los árboles parecen rascacielos.

De improviso, Ginger y sus hermanos encuentran a las bestias, grandes criaturas de piel azul. Éstas quieren jugar. Los ganadores del juego vivirán, los perdedores serán devorados...



R. L. Stine

¡Sálvese quien pueda!

Pesadillas - 41

ePub r1.1

sleepwithghosts 02.07.14

Título original: *Goosebumps #43: The Beast from the East*

R. L. Stine, 1996

Traducción: Esther Rippa

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1





Cuando yo era una niña pequeña, mi madre me arropaba en la cama por la noche y luego susurraba:

—Buenas noches, Ginger, buenas noches. No dejes que te piquen las chinches.

Yo no sabía qué eran las chinches. Me imaginaba que eran unos bichos gordos y rojos, con ojos grandes y patas de araña, que se arrastraban bajo las sábanas. El solo hecho de pensar en ellos hacía que me picara todo el cuerpo.

Mamá me daba un beso en la frente y se marchaba. Luego entraba papá y me cantaba con mucha suavidad la misma canción cada noche: *El picnic de los ositos de peluche*. No sé por qué razón creía él que esa canción era una buena nana. Hablaba de adentrarse en el bosque donde había cientos y cientos de osos. Me daban escalofríos sólo de pensar en su picnic. ¿Sabéis qué comían los osos? Pues ¡niños!

Después de que papá me diera un beso en la frente y se marchara, yo me quedaba allí, con unos picores terribles y medio muerta de miedo. Luego tenía pesadillas sobre chinches y osos. Hasta hace pocos años tenía miedo de meterme en un bosque.

Ahora tengo doce años y ya no me asusto tan fácilmente. Al menos no lo hacía hasta la acampada familiar de este verano. ¡Fue entonces cuando descubrí que hay criaturas mucho más temibles que los osos de los bosques!

Pero creo que es mejor que empiece por el principio.

Lo primero que recuerdo de nuestra excursión es a papá riendo

a mis hermanos. Tengo dos hermanos de diez años: Pat y Nat. Lo habéis adivinado: son dos gemelos. Qué suerte la mía..., ¿no?

Pat y Nat no sólo son gemelos. ¡Son mellizos idénticos! Se parecen tanto que no se sabe quién es cada cual.

Los dos son bajos y delgados, tienen la cara redonda y grandes ojos castaños. Ambos tienen el pelo castaño liso con raya en medio, llevan tejanos desteñidos con rodilleras y camisetas de patinador rojas y negras con eslóganes que nadie entiende.

Sólo hay un modo de diferenciarlos: preguntándoselo a ellos.

Recuerdo que nuestra excursión al campamento comenzó un día hermoso y soleado. El aire era fresco y olía a pino. Las ramitas y las hojas muertas crujían bajo nuestros pies mientras seguíamos un camino que serpenteaba por el bosque.

Papá encabezaba el grupo. Llevaba la tienda sobre el hombro y una abultada mochila a la espalda. Lo seguía mamá que también iba cargada con cosas que necesitaríamos.

El sendero discurría a través de un claro cubierto de hierba. Yo sentía el calor del sol en la cara y la mochila empezaba a pesarme. Me preguntaba si mis padres pensaban adentrarse mucho más en el bosque.

Pat y Nat nos seguían. Papá se daba la vuelta todo el tiempo para darles un grito. Todos teníamos que gritar a Pat y Nat, porque sino nunca nos hacían caso. Sólo se escuchaban el uno al otro.

¿Por qué gritaba papá? Bueno, por una cosa: Nat de vez en cuando desaparecía.

Le gusta trepar a los árboles. Si veía uno, trepaba a él. Creo que es como un chimpancé. Siempre se lo digo. Entonces él se rasca el pecho e imita a un mono. Se cree muy gracioso.

De modo que allí estábamos, de excursión por el bosque. Y cada vez que nos dábamos la vuelta, Nat estaba en algún lugar arriba de un árbol. Siempre teníamos que esperarle, así que papá tenía que reñirle.

Luego también debía reñir a Pat por culpa de su *Game Boy*.

—¡Te he dicho que no trajeras esa cosa! —le gritaba.

Papá es alto y robusto, como una especie de oso, y tiene una voz que retumba. Aunque no le sirve de mucho porque Pat y Nat nunca le hacen caso.

Pat caminaba con los ojos fijos en su juguetito, apretando con los dedos los controles.

—¿Para qué hemos salido de excursión por el bosque? —le preguntó papá—. Podrías estar jugando a eso en tu habitación. Déjalo, Pat, y disfruta del paisaje.

—No puedo, papá —protestó Pat—. No puedo dejarlo ahora. ¡Estoy en el nivel seis! ¡Nunca antes había llegado hasta aquí!

—Por ahí va una ardilla listada —dijo de pronto mamá, señalándola.

Mamá es la especialista en vida animal: nos mostraba todo lo que se movía. Pat ni siquiera levantó la vista de su *Game Boy*.

—¿Dónde está Nat? —preguntó papá, buscando por el claro.

—Aquí arriba, papá —gritó Nat.

Me protegí los ojos con una mano y lo vi en una rama alta de un gran roble.

—¡Baja ahora mismo! —gritó papá—. ¡Esa rama no te aguantará!

—¡Eh, he llegado al nivel siete! —declaró Pat, moviendo los dedos con frenesí.

—¡Mirad, dos conejitos! —gritó mamá—. ¿Los veis entre la hierba?

—Sigamos caminando —me quejé—. Hace demasiado calor aquí.

Yo quería salir del claro y volver bajo la sombra fresca de los árboles.

—Ginger es la única razonable —dijo papá sacudiendo la cabeza.

—¡Ginger es un monstruo! —gritó Nat, bajando del roble.

Continuamos caminando a través del bosque durante un buen rato. ¡Era tan hermoso y apacible! Los rayos de sol se filtraban a través de las ramas altas y hacían brillar el suelo.

Me encontré tarareando esa canción acerca de los osos del bosque. No sé qué fue lo que me la recordó. Hacía siglos que papá no me la había cantado.

Nos detuvimos a almorzar junto a un arroyo de agua clara que fluía lentamente.

—Éste podría ser un buen lugar para acampar —sugirió mamá

—. Podemos instalar la tienda aquí sobre la hierba, junto a la orilla.

Mis padres se apresuraron a preparar el equipo y levantar la tienda. Yo los ayudé, mientras Pat y Nat arrojaban piedras al arroyo. Luego se enzarzaron en una pelea e intentaron empujarse mutuamente al agua.

—Llévatelos al bosque —me sugirió papá—. A ver si se pierden, ¿de acuerdo?

Lo decía en broma, por supuesto. No podía imaginar que Pat, Nat y yo estaríamos pronto perdidos de verdad y con pocas esperanzas de regresar algún día.

2

—¿Qué pretendes? —preguntó Nat. Había recogido una fina rama de árbol para usarla como bastón. Pat golpeaba la rama intentando hacer que Nat tropezara.

Habíamos seguido el curso del arroyo durante un rato. Vi miles de pececillos plateados nadando cerca de la superficie. Ahora nos abríamos paso entre la maraña de árboles, arbustos bajos y rocas.

—¡Juguemos al escondite! —declaró Pat y le dio a Nat una palmada—. ¡Tú paras!

Nat le devolvió la palmada.

—¡Paras tú!

—¡Tú paras!

—¡Tú paras!

—¡Tú paras!

Las palmadas se volvieron más fuertes.

—¡Yo pararé! —grité. Hubiera hecho cualquier cosa para evitar que se mataran—. Deprisa. Escondeos. Pero no os alejéis demasiado.

Me apoyé en un árbol, cerré los ojos, y empecé a contar hasta cien. Podía oírlos correr por entre los árboles.

Cuando llegué a treinta, conté de diez en diez. No quería darles tanta ventaja.

—¡Preparados, listos!, ¡allá voy! —grité.

Encontré a Pat a los pocos minutos. Estaba agazapado detrás de un gran montículo de arena blanca. Él creía que estaba escondido, pero yo veía su cabello castaño que asomaba. Lo atrapé con

facilidad.

Me costó más encontrar a Nat. Para variar mi hermano había trepado a un árbol. Estaba arriba, completamente oculto por espesas matas de hojas verdes. Nunca hubiese dado con él si no me hubiera escupido.

—¡Baja, marrano! —grité enfadada. Agité un puño hacia él—. ¡Me estás hartando! ¡Baja ahora mismo!

Él rió con disimulo y me miró.

—¿Te he dado?

No respondí. Esperé a que bajara. Luego le restregué un puñado de hojas secas por la cara hasta que empezó a balbucear y a ahogarse. Era un típico juego del escondite de la familia Wald.

Después de eso, perseguimos una ardilla por el bosque. La pobre se daba la vuelta para mirarnos como si no pudiera creer que fuéramos tras ella. Finalmente se cansó de la carrera y se escabulló por la copa de un pino.

Miré a mi alrededor. Los árboles crecían más juntos en esa parte del bosque y sus hojas casi no dejaban pasar la luz. El aire era allí más fresco, y bajo la sombra estaba tan oscuro como si fuera de noche.

—Volvamos —sugerí—. Mamá y papá deben de estar preocupados.

Los chicos no discutieron.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó Nat.

Miré alrededor, recorriendo con la vista un círculo completo.

—Mmm... Por allí —señalé. Hacía como que adivinaba, aunque estaba segura de lo que hacía en un noventa y nueve por ciento.

—¿Estás segura? —preguntó Pat. Me miraba con desconfianza. Me di cuenta de que estaba un poco preocupado. A Pat no le gustaba la naturaleza tanto como a Nat y a mí.

—Claro que estoy segura —le dije.

Encabecé la marcha. Ellos me seguían de cerca. Los dos habían buscado palos para usarlos como bastones. Después de caminar unos minutos, empezaron a batirse en duelo.

No les hice ni caso. Tenía mis propias preocupaciones. No estaba segura de que camináramos en la dirección correcta. De hecho, me sentía completamente desorientada.

—¡Eh, allí está el arroyo! —grité, aliviada.

¡Menos mal! No estábamos perdidos, había tomado la dirección correcta.

Ahora sólo teníamos que seguir la corriente hasta el claro donde habíamos instalado el campamento.

Empecé a canturrear otra vez. Los chicos tiraron sus palos a la corriente. Nos pusimos a trotar a lo largo de la orilla en la que crecía la hierba.

—¡Uaaa! —grité cuando mi bota izquierda empezó a hundirse. Estuve a punto de caer dentro de un profundo lodazal. Tiré de la bota. Estaba cubierta de barro hasta más arriba del tobillo.

A Pat y a Nat les pareció muy divertido. Se rieron y entrechocaron las manos en alto.

Les gruñí, aunque no dije nada. No tenían remedio; ¡eran unos criajos!

Ahora estaba impaciente por regresar al campamento y limpiarme el barro de la bota. Trotamos por la orilla, luego atajamos a través de los delgados árboles de troncos blancos y salimos al claro.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité, corriendo sobre la hierba—. ¡Ya hemos vuelto!

Me paré en seco. Los dos chicos chocaron conmigo. Observé el claro.

—¿Mamá? ¿Papá?

No había ni rastro de ellos.

3

—¡Nos han abandonado! —exclamó Pat mientras corría frenéticamente alrededor del claro—. ¡Mamá! ¡Papá!

—La Tierra llamando a Pat —gritó Nat y agitó una mano ante su cara—. Nos hemos equivocado de sitio, tonto.

—Nat tiene razón —repliqué mirando alrededor. No había huellas ni señales de tiendas. Estábamos en un claro diferente.

—Creí que conocías el camino, Ginger —se quejó Pat—. ¿No te enseñaron nada en ese campamento de verano?

¡Campamento de verano! El año anterior mis padres me habían obligado a pasar dos semanas en un campamento. «Explora la Naturaleza», se llamaba. Toqué zumaque venenoso el primer día. Después de eso, no escuché ni una palabra de lo que los monitores contaban.

Ahora hubiera deseado haberlo hecho.

—Tendríamos que haber dejado señales en los árboles para encontrar el camino de regreso —suspíré pensativa.

—¿Y lo dices ahora? —gruñó Nat, levantando la vista hacia el cielo. Recogió un largo palo curvo y lo agitó ante mi cara.

—Dame eso —le ordené.

Nat me entregó el palo, que rezumó una savia amarilla de olor agrio sobre la palma de mi mano.

—¡Qué asco! —grité. Arrojé el palo lejos. Me froté las manos en los tejanos, pero la mancha amarilla no desapareció de mi mano.

«Es extraño», pensé. Me preguntaba qué sustancia sería. Definitivamente, no me gustaba tenerla en mi piel.

—Sigamos la corriente —sugerí—. Mamá y papá no pueden estar demasiado lejos.

Intenté aparentar tranquilidad, pero estaba muy nerviosa. De hecho, no tenía ni idea de dónde estábamos.

Salimos del claro y regresamos a la orilla del arroyo. El sol estaba más bajo en el cielo, me escocía la nuca.

Pat y Nat arrojaban piedras al agua. Después de unos minutos, ya se las tiraban el uno al otro.

No les hice ni caso. Al menos no me las arrojaban a mí.

Mientras caminábamos, el aire se hizo más fresco, el sendero se estrechó, el agua se volvió oscura y turbia. Un pez plateado saltó sobre el agua. Las ramas finas de los árboles se acercaban a nosotros.

Me invadió una sensación de terror. Nat y Pat guardaron silencio y dejaron de pelearse.

—No recuerdo haber visto ninguno de estos arbustos cerca de nuestro campamento —comentó Pat, nervioso. Señaló una planta baja y achaparrada. Sus extrañas hojas azules parecían paraguas abiertos apilados unos encima de los otros—. ¿Estás segura de que vamos en la dirección correcta?

En ese momento yo ya había llegado a la conclusión de que no era así. Tampoco yo recordaba esos extraños arbustos.

Luego oímos un ruido al otro lado de los matorrales.

—¡Quizá sean mamá y papá! —gritó Pat.

Nos abrimos paso por entre las plantas y desembocamos en otro claro desierto.

Miré a nuestro alrededor. Era un prado enorme, lo bastante grande como para plantar cien tiendas.

El corazón me latía a cien por hora. Estábamos sobre una hierba de color rojizo que me llegaba a la altura del tobillo. A nuestra derecha había una mata de plantas gigantescas de color violeta con forma de repollo.

—¡Este lugar es estupendo! —exclamó Nat—. ¡Qué grande es todo!

Para mí, el claro no era en absoluto estupendo. Me daba escalofríos. Estábamos rodeados de extraños árboles por todas partes. Las ramas crecían en ángulo recto desde el tronco. Parecían

escalones que fueran subiendo hasta alcanzar las nubes. Eran los árboles más altos que había visto nunca, y eran perfectos para trepar. Un musgo rojo cubría las ramas; calabazas amarillas colgaban de enredaderas y se balanceaban en el aire.

¿Dónde estábamos? ¡Aquello parecía una extraña selva, no un bosque! ¿Por qué era tan extraña toda la vegetación?

Se me hizo un nudo en la boca del estómago.

¿Dónde estaba nuestro claro? ¿Dónde estaban nuestros padres?

Nat corrió hacia un árbol.

—Voy a subir —anunció.

—No, no lo hagas —protesté. Corrí hasta él y aparté su brazo de una rama.

El musgo rojo se me pegó en la palma de la mano. La piel se me puso roja. Ahora tenía un dibujo amarillo y otro rojo en la mano.

«¿Qué pasa aquí?», me preguntaba.

Antes de que pudiera enseñar la mano a mis hermanos, el árbol empezó a moverse.

—¡Ay! ¡Cuidado! —grité.

Un pequeño animal peludo saltó de las ramas y aterrizó a mis pies. Nunca había visto nada semejante en toda mi vida. Era del tamaño de una ardilla listada, todo de color marrón excepto una mancha blanca alrededor del ojo. Tenía la cola tupida, orejas largas como un conejo, y dos grandes dientes delanteros, como los de los castores. Su nariz plana se contraía. Me miró con unos ojos grises atemorizados. Observé cómo se escabullía.

—¿Qué era eso? —preguntó Pat.

Me encogí de hombros. Me preguntaba qué otras extrañas criaturas vivirían en esos bosques.

—Estoy un poco asustado —admitió Pat, apretándose contra mí.

Yo también lo estaba, pero como era la hermana mayor, intenté tranquilizarlos.

Luego miré hacia abajo.

—¡Nat! ¡Pat! —grité—. ¡Mirad!

Mi bota sucia de barro estaba dentro de una huella tres veces mayor que la mía. No, incluso más grande. ¿Qué clase de animal tenía un pie tan enorme? ¿Un oso? ¿Un gorila gigante?

No tuve tiempo de pensar en ello. El suelo empezó a temblar.

—¿Lo habéis notado? —les pregunté a mis hermanos.

—¡Es papá! —gritó Pat.

Decididamente no era él. Papá es un hombre grande, ¡pero de ningún modo podría hacer que el suelo temblara de esa manera!

Oí quejas y gruñidos desde algún lugar a lo lejos, y después un rugido. Las ramas se agitaban con fuerza en el aire.

Los tres emitimos un grito sofocado cuando una bestia alta surgió de entre los árboles. Era enorme, tan alta que tocaba las ramas medias. Tenía una estrecha cabeza puntiaguda sobre un cuello largo. Los ojos le brillaban como canicas verdes. Una piel azul velluda cubría todo su cuerpo. Su larga y peluda cola golpeaba pesadamente el suelo.

¡La más extraña criatura que jamás había visto!

La bestia entró por el lado opuesto del claro. Contuve el aliento a medida que se aproximaba. Se acercó lo suficiente como para que viera su largo hocico y las ventanas de su nariz que se contraían y se dilataban mientras olfateaba el aire.

Mis hermanos se escondieron detrás de mí. Nos abrazamos los tres temblando de miedo.

La bestia abrió la boca. Dos hileras de afilados dientes amarillos salían de las encías color morado y un largo colmillo mellado llegaba hasta su barbilla.

Me acurruqué y tiré de mis hermanos hacia abajo.

La bestia giraba en círculos, olisqueaba el aire y agitaba sus orejas puntiagudas y peludas. ¿Nos había olido? ¿Nos estaba buscando?

No podía pensar ni tampoco moverme.

La bestia volvió su horrible cabeza y me miró fijamente: me había descubierto.

4

Con los ojos puestos en la criatura, agarré a mis hermanos de la camiseta. Los arrastré detrás de unas enormes plantas que parecían repollos.

La bestia permaneció al otro lado del claro, olfateando el aire. Avanzaba y retrocedía, olisqueando con fuerza. El suelo parecía sacudirse cada vez que sus patas peludas lo golpeaban. Podía sentir a Pat y a Nat temblar de miedo.

La bestia se alejó de nosotros.

«¡Fiiuuu!», pensé. No nos había visto. Me mordí el labio inferior y aferré a Pat y a Nat.

—Arggh —gruñó la bestia, cayó sobre sus cuatro patas pegó el hocico al suelo, y se arrastró emitiendo fuertes sonidos mientras olfateaba.

No les dije a Pat ni a Nat lo que pensaba. La bestia no nos había visto, pero no había modo de evitar que nos oliera.

Su larga cola se balanceaba adelante y atrás, golpeaba contra los árboles y hacía caer las calabazas al suelo.

Se arrastró hasta el centro del claro, más cerca de donde nos encontrábamos.

Apreté las uñas en mi palma.

«Date la vuelta, bestia —rogué en silencio—. Regresa al bosque».

La criatura azul se detuvo, olfateó otra vez, luego se volvió y empezó a arrastrarse en dirección a nosotros.

Tragué saliva con fuerza. De pronto sentía la boca terriblemente seca.

La cola de la criatura empujó hacia nosotros una de las plantas que parecían repollos. Las hojas crujieron.

—¡Agachaos! —susurré a mis hermanos, empujándolos. Y los tres nos echamos en el suelo.

La bestia se detuvo a unos centímetros de nuestro escondite. Su cola me rozó el brazo y noté que la piel era áspera, desagradable.

Sacudí el brazo. ¿Podría sentirme? ¿Sería yo un juguete para ella? ¿Algo que pudiera agarrar y estrujar tal como mis hermanos hacían con nuestro perro?

La bestia se levantó sobre sus patas traseras, olfateó y se irguió por encima de la planta de repollo. ¡Debía de medir casi tres metros!

Con el pulgar de la garra tomó algo de su piel y se lo llevó a la boca. Esbozó una sonrisa complacida bajo su arrugado hocico, luego miró alrededor del claro.

«No mires abajo —rogué—. No nos descubras». Estaba hecha un manojo de nervios.

La criatura gruñó, se pasó la larga lengua por los dientes y desapareció entre los árboles.

Respiré con alivio.

—Será mejor que esperemos unos minutos —les dije a mis hermanos.

Conté hasta cien y luego me arrastré fuera de nuestro escondite. No había señales de la criatura. Pero entonces sentí que la tierra temblaba de nuevo.

—¡Oh, no! —Di un grito ahogado—. ¡Aquí viene otra vez!

5

La enorme cabeza azul de la bestia asomó entre los árboles. ¿Cómo había vuelto tan deprisa, y desde la dirección opuesta?

Nos metimos otra vez, a gatas, en nuestro escondite, detrás de la enorme planta de repollo.

—Tenemos que salir de aquí —susurré—. Si continúa buscando de arriba abajo, seguro que nos encuentra.

—¿Y cómo saldremos? —preguntó Nat.

Recogí una calabaza del suelo.

—Arrojaré esta calabaza. La bestia volverá la cabeza para ver qué pasa y entonces correremos en la dirección opuesta.

—Pero ¿y si nos ve?, ¿y si nos persigue? —preguntó Nat. No parecía demasiado convencido con mi plan.

Nat y Pat intercambiaron unas miradas nerviosas.

—¿Y si corre más rápido que nosotros? —preguntó Pat.

—No lo hará —contesté. Estaba echándome un farol, pero mis hermanos no lo sabían.

Saqué la cabeza por encima del repollo y vi que la criatura estaba más cerca que nunca. Olisqueaba el aire y su hocico rosado se enrollaba como una serpiente.

Miré la calabaza que tenía en la mano, luego eché el brazo hacia atrás, preparada para lanzar.

—¡Espera! —susurró Pat—. ¡Mira!

El brazo se me congeló en el aire. Otra bestia había irrumpido en el claro, y otra, y otra...

Tragué saliva con fuerza. Más bestias azules aparecieron en el

claro. Ahora ya no había modo de escapar.

Las enormes criaturas daban vueltas por el claro gruñéndose entre sí. Una se detuvo y emitió un chillido fuerte y profundo. Los pliegues de piel rala que tenía bajo la mandíbula oscilaron de un lado a otro.

—¡Mirad cuántas! —murmuró Nat—. Debe de haber al menos dos docenas.

Una bestia pequeña trotó al centro del claro. Su piel era de un color azul intenso. Medía aproximadamente un metro de alto. ¿Era una cría? ¿Una bestia joven?

Acercó al suelo su hocico corto y rosado y lo olfateó. Se le pegaron pedazos de suciedad y de hojas secas.

—Parece hambrienta —susurró Pat.

—¡Chsss! —les previne.

La pequeña bestia, ansiosa, levantó la vista en dirección a nosotros. Parecía hambrienta, pero ¿qué comería?

Contuve el aliento.

De pronto recogió una calabaza del suelo, se la metió en la boca y la masticó. Un jugo amarillo bajó por las comisuras de sus labios y empapó su velluda piel azul.

«¡Come fruta!», pensé aliviada. Era un buen signo. Quizás esas bestias fueran vegetarianas, quizá no comieran carne.

Sabía que la mayoría de los animales salvajes comían sólo un tipo de comida, ya fuera carne o frutas y vegetales. Excepto los osos, recordé de repente. Los osos comían ambas cosas.

Una de las bestias grandes golpeó a la pequeña. La puso en pie de un tirón y empezó a reñirla enfadada y luego la arrastró hacia el bosque.

La bestia de los pliegues de piel se paró en el centro del claro.

—¡Grrrr! —gruñó dirigiéndose a las otras. Agitó su peluda zarpa formando un círculo en el aire mientras chillaba y gruñía.

Las otras criaturas gruñeron también. Parecían comunicarse a través de un lenguaje articulado.

La bestia grande emitió un gruñido final y las otras criaturas se volvieron hacia el bosque y se dispersaron despacio entre los árboles. Sentí que la tierra temblaba bajo el peso de sus patas y el crujido de las hojas que cubrían el suelo.

En unos segundos las criaturas habían desaparecido y el claro quedó vacío.

Dejé escapar un gran suspiro de alivio.

—¿Qué hacen? —preguntó Pat.

Nat se limpió el sudor de la frente.

—Actúan como si buscaran algo —le respondió—. Caza, quizá.

Tragué saliva con fuerza. Sabía qué clase de presa buscaban: querían darnos caza a nosotros. ¡Y eran tantas! ¡Y estaban por todas partes!

Me di cuenta de que no teníamos escapatoria, nos atraparían. ¿Y qué pasaría entonces?

6

Me puse de pie muy despacio y giré sobre mí misma, buscando por todas partes las señales de las bestias peludas.

Sus gruñidos se perdían a lo lejos y el suelo dejó de temblar. Una ráfaga de viento fresco sopló en el claro e hizo que las calabazas que pendían de los árboles chocaran unas contra otras emitiendo una extraña melodía. Me estremecí.

—¡Vámonos de aquí ahora mismo! —gritó Nat.

—¡Espera! —le dije. Lo agarré del brazo y lo retuve—. Esas bestias están demasiado cerca, tal vez puedan vernos.

—Tú haz lo que quieras, yo me largo de aquí a toda velocidad.

—Estoy contigo —dijo Pat poniéndose en pie de un salto—. ¿Pero qué dirección tomamos? —preguntó.

—No podemos ir a ninguna parte ahora —argüí—. Estamos perdidos, como no sabemos hacia dónde ir, tenemos que quedarnos aquí. Nuestros padres vendrán a buscarnos, sé que lo harán.

—¿Y si no lo hacen? ¿Qué pasaría si ellos también tuviesen problemas? —preguntó Nat.

—Papá sabe cómo sobrevivir en el bosque —dije con firmeza—. Y nosotros no.

Yo, al menos, no sabía. Si hubiera prestado algo de atención en aquel campamento...

—¡Yo también sé cuidarme solo! ¡Vamos! —afirmó Pat.

¿A quién trataba de engañar? A Pat ni siquiera le gustaba el bosque, pero es tan tozudo que cuando se le mete una idea en la cabeza no hay quien se la quite. Y por si fuera poco, Nat siempre

está de acuerdo con él. ¡Bah, mellizos!

—¿Qué Ginger, vienes o no? —preguntó Pat.

—Estás loco —le respondí—. Debemos quedarnos aquí. Son las normas, ¿recuerdas?

Mamá y papá siempre nos decían que si alguna vez nos perdiéramos, no nos moviéramos de donde estábamos.

—Pero mamá y papá sólo son dos, y nosotros somos tres —discutió Pat—. Como somos mayoría, debemos ir a buscarlos.

—¡Pero no son ellos los que están perdidos! —grité.

—Pienso que debemos ir —repitió Pat—. ¡Debemos alejarnos de esas espantosas bestias!

—Está bien —repuse—. Iremos, así al menos permaneceremos juntos.

Aún ahora pienso que estaban equivocados, pero, no tenía otro remedio, no podía dejarlos ir sin mí. ¿Qué pasaría si les ocurría algo horrible? Además, no quería quedarme sola en ese extraño bosque.

Mientras me disponía a seguirlos, vi que algo se movía entre la hierba.

—¡S-son-son... ellas! —tartamudeó Nat—. ¡Han vuelto!

—¡Corred! —chilló Pat, y se precipitó a través del claro.

Una ardilla se escabulló entre la hierba.

—¡Pat, espera! —gritó Nat.

—¡Es sólo una ardilla! —grité.

Pero no me escuchó.

Nat y yo fuimos corriendo tras él.

—¡Pat! ¡Espera, Pat!

No vi la gruesa raíz retorcida que sobresalía del suelo; tropecé con ella y caí con fuerza. Me quedé aturdida en el suelo.

Nat se arrodilló a mi lado, me agarró del brazo y me ayudó a ponerme en pie.

Levanté la vista y miré hacia delante. Pat ya había desaparecido en el bosque y no podíamos verlo por ninguna parte.

—Tenemos que alcanzarlo —le dije a Nat sin aliento. Me incorporé y me sacudí la suciedad de las rodillas.

La tierra empezó a temblar de nuevo.

—¡Oh, no! —gimió Nat.

Las criaturas estaban de regreso.

Di media vuelta y vi grandes bestias azules que se abrían paso entre los árboles. Conté cuatro detrás de nosotros, tres a mi izquierda, cinco a mi derecha.

Dejé de contar, eran demasiadas.

La más grande gruñó y levantó sus zarpas peludas en el aire, señalándonos. Las otras criaturas gruñeron, muy excitadas.

—¡Nos han atrapado! —gemí.

—Ginger... —dijo Nat lloriqueando. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo. Le tomé la mano y la apreté.

Las bestias se acercaron más y formaron un círculo alrededor de nosotros, ya no teníamos escapatoria.

—Estamos atrapados —murmuré.

Las bestias empezaron a gruñir.

7

Por encima de los gruñidos de las bestias, oí otra vez la extraña melodía que silbaba entre las calabazas.

Nat se abrazó a mí.

—Nos han atrapado —susurró—. ¿Piensas... piensas que han cogido a Pat?

No podía responder, me sentía débil e impotente. El sudor me corría por la cara y me entraba en los ojos; quería limpiarlo, pero no podía levantar la mano para hacerlo: estaba demasiado asustada para poder moverme.

Entonces la bestia de la barbilla flácida dio un paso adelante y se detuvo a unos centímetros de mí. Levanté despacio los ojos, miré su vientre peludo, su ancho pecho y vi pequeños insectos negros que recorrían su piel.

Levanté la vista. Sus ojos verdes me miraban con ferocidad. Abrió la boca y vi su largo colmillo astillado en la punta.

«¡No necesitas un colmillo como ése para comer fruta!», pensé.

La bestia se puso en pie y levantó una zarpa peluda sobre nosotros: estaba preparada para atacar.

Nat se pegó más a mí. Podía sentir el latido de su corazón a través de la camiseta. O quizá no, quizá fuera mi propio corazón el que golpeaba tan fuerte.

La criatura gruñó y se balanceó.

Cerré los ojos con fuerza y sentí una palmada tan fuerte en el hombro que me echó hacia atrás.

—¡Paras! —bramó la criatura.



—¿Eh? —Me quedé con la boca abierta.

—¡Paras! —repitió la bestia.

Miré a Nat, casi se le salían los ojos de las órbitas.

—¡Ha-ha hablado! —tartamudeó Nat—. En nuestra lengua.

La criatura lo miró con disgusto.

—Hablo muchas lenguas —gruñó—. Tenemos un adaptador universal de lenguas.

—Oh —dijo Nat débilmente mientras intercambiábamos miradas de incredulidad.

La criatura gruñó otra vez y dio un paso más hacia mí.

—¿Que no me has oído? —gruñó—. ¡Paras!

Sus ojos de mármol me miraban con ferocidad. Con una pata golpeó el suelo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

La criatura gruñó.

—Tú eres la Bestia del Este —me dijo.

—¿Pero qué dices? Yo no soy una bestia. ¡Soy una niña! —declaré—. Y me llamo Ginger Wald.

—Yo soy Fleg —replicó la bestia golpeándose en el pecho. Agitó una pata hacia la criatura que había a su lado, una bestia a la que le faltaba un ojo—. Éste es Spork —anunció Fleg y golpeó a la otra bestia en la espalda.

Spork nos gruñó a Nat y a mí. Miré la cuenca vacía y oscura de su ojo y vi una profunda cicatriz negra a un lado de la nariz. Por lo que se veía, la gran criatura había tenido una buena pelea. Deseé

que no hubiera sido con un humano. Si Spork había ganado, ¿cómo habría quedado el perdedor?

Nat miró boquiabierto a Spork.

—Ah, sí, éste es mi hermano Nat —dije rápidamente.

Spork respondió con un gruñido.

—¿Habéis visto a nuestros padres? —le pregunté a Fleg—. Veréis, estamos todos de acampada y nos hemos separado. Pero intentamos reunimos con ellos y volver a casa. Así que será mejor que nos vayamos...

—¿Hay otros? —Fleg miró bruscamente alrededor del claro—. ¿Dónde?

—Ése es el problema —respondió Nat—. No podemos encontrarlos.

Fleg gruñó.

—Si no podéis encontrarlos, no pueden jugar.

—Correcto. Son las normas —estuvo de acuerdo Spork. Se rascó en busca de alguno de esos parásitos.

—Ahora pongámonos en movimiento —pidió Fleg—. Se hace tarde. Y tú paras.

Miré a Nat. Todo era muy extraño. ¿Qué había querido decir con aquello de que ellos no podían jugar? ¿Y por qué seguía diciendo que yo paraba? ¿Querían jugar a tocar y a parar o a algo parecido?

Las bestias, que formaban un círculo, golpearon con sus patas el suelo que empezó a temblar.

—¡Jugar! ¡Jugar! —cantaban.

—¿Jugar a qué? —pregunté—. ¿Qué clase de juego es éste?

Parecía que el ojo de Spork saliese de su órbita y una gran sonrisa se extendió bajo su horrible hocico rosado.

—El mejor juego —dijo—. Pero tú eres demasiado lenta para ganar.

Spork se frotó las patas y se pasó la lengua por los dientes.

—Deberías correr —gruñó.

—Sí, correr —ordenó Fleg—. Antes de que cuente hasta *trel*.

—Un momento —protesté—. ¿Y si no queremos jugar?

—Sí, eso, ¿por qué tenemos que jugar? —preguntó Nat.

—Tenéis que jugar —replicó Fleg—. Leed ese letrero de allí.

Señaló hacia un cartón sujeto a uno de los árboles que decía:

TEMPORADA DE JUEGO.

Fleg me miró. Sus ojos se entornaron de un modo amenazante, su nariz húmeda brillaba.

Sonrió, pero su sonrisa no era amistosa.

—¿Temporada de juego? —leyó Nat con voz temblorosa.

—Debéis decirnos cómo jugar —declaré—. Me refiero a que no podemos jugar a un juego sin saber en qué consiste.

Spork emitió un profundo gruñido y se acercó más a mí, tanto que podía oler su piel. ¡Qué hedor tan horrible!

Fleg extendió una pata y retuvo a Spork.

—Es un buen juego —nos dijo Fleg—. Muy excitante.

—¿Y por qué es tan excitante? —le pregunté.

Entornó los ojos.

—¡Es un juego de supervivencia! —replicó con una sonrisa.



¿Supervivencia?

¡Oh, no! ¡De ningún modo quería yo jugar a eso!

—Tenéis tiempo hasta que el sol se ponga detrás del sauce Gulla —declaró Fleg.

—¿Qué es eso del sauce Gulla? —preguntó Nat.

—¿Y dónde está? —quise saber yo.

—En el límite del bosque —replicó Fleg, mientras agitaba una pata en dirección a los árboles.

—¿Qué límite? ¿Dónde? ¿Cómo sabremos qué árbol es? —pregunté.

Fleg sonrió a Spork y ambos hicieron extraños ruidos con la garganta. Podría afirmarse que se reían. Todas las demás criaturas empezaron a reír también. Era un sonido horrible que se parecía más a un gemido que a una risa.

—No podemos jugar a menos que conozcamos mejor el juego —interrumpí yo.

La risa cesó.

Spork se rascó los parásitos del pecho.

—Es muy fácil. Si estás parando cuando el sol se pone, pierdes —me dijo.

Los otros gruñeron para expresar su asentimiento.

—¿Y qué les pasa a los perdedores? —pregunté con voz temblorosa.

—Los mordisqueamos —replicó Fleg.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Los mordisqueáis?

—Exacto, hasta la hora de la cena y después nos los comemos.

10

Las criaturas que nos rodeaban rieron a carcajadas. El insoportable sonido de sus risas me dio náuseas.

—¡No tiene ninguna gracia! —chilló Nat.

Fleg entornó los ojos para mirarnos.

—Es nuestro juego favorito.

—¡Bueno, pues no me gusta vuestro juego! —gritó Nat.

—No queremos jugar —agregué.

El ojo de Spork se iluminó.

—¿Quieres decir que os dais por vencidos? ¿Os rendís? —Se relamió los labios con apetito.

—¡No! —grité. Nat y yo dimos un salto hacia atrás—. Está bien, jugaremos, pero sabiendo las reglas; debéis decírnoslas todas.

Pasó una nube que proyectó una sombra sobre el claro. Me estremecí.

¿Nos atacarían porque no queríamos jugar?

—¡Alfombra de sombra! —gritó Spork de repente.

—¡Alfombra de sombra! —repitió Fleg.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

La nube pasó despacio.

—No hay tiempo para explicaciones —me dijo Fleg. Agitó una pata en dirección a las otras criaturas—. Vamos —insistió—. Esta interrupción ha sido demasiado larga.

—¡No es justo! —protestó Nat—. Por favor, necesitamos conocer las reglas.

—Está bien —dijo Fleg mientras se volvía para marcharse—.

Debéis atacar siempre desde el este.

—El este —repetí. Levanté una mano para protegerme los ojos mientras examinaba el claro.

Este. Norte. Sur. Oeste. Dibujé un mapa mentalmente. El este estaba a mi derecha, el oeste a mi izquierda.

Pero ¿en qué dirección estaba el este en el bosque? ¿Por qué no habría prestado más atención en aquel campamento?

—Los cuadrados marrones son zonas de almuerzo libre —continuó Fleg.

—¿Quieres decir que son para descansar? ¿Son seguros? —pregunté.

Me gustaba esa regla. Quizá pudiéramos encontrar un cuadrado marrón y quedarnos allí hasta la puesta del sol.

Fleg bufó.

—No. Almuerzo libre. ¡Significa que cualquiera puede comerlo! —Me miró con ferocidad—. Otra regla —anunció—: Debéis tener más de un metro de estatura para jugar.

Miré a las bestias. ¡Al menos medían tres metros! ¡Vaya con las reglas de Fleg!

—Bueno, gracias por la aclaración —dije sacudiendo la cabeza—. Pero realmente no podemos jugar a este juego. Tenemos que encontrar a nuestros padres y...

—Debéis jugar —gruñó Fleg—. Vosotros paráis. Sois la Bestia del Este. Jugad o rendíos.

—El sol se pondrá pronto —agregó Spork lamiéndose el colmillo—. Tenéis tiempo hasta que el sol se ponga detrás del sauce Gulla —dijo Fleg—. El que esté parando en ese momento será la Bestia del Este y por tanto, el perdedor.

Spork hizo un ruido ahogado, que era su horrible forma de reír.

—Seréis unos perdedores deliciosos. Estoy pensando en una salsa agri dulce; o quizá vaya mejor algo un poco más picante para acompañar.

Todas las criaturas bromearon y emitieron risas ahogadas. Todas pensaban que Spork era divertido.

Fleg se volvió hacia el bosque y se detuvo.

—¡En fin! —agregó con una sonrisa diabólica—. Buena suerte.

—Buena suerte —repitió Spork. Se metió un dedo en la cuenca

vacía del ojo y se rascó.

Luego se volvió y siguió pesadamente a Fleg.

Las otras criaturas fueron detrás. La tierra temblaba bajo sus pasos y en pocos segundos, el claro estuvo otra vez vacío.

Miré a Nat boquiabierta.

¡Aquello no era un juego! Esos monstruos diabólicos buscaban niños perdidos en el bosque. Y luego...

—¿Qué haremos? —gritó Nat—. Quizá ya se comieron a Pat. Quizá lo encontraron en un cuadrado marrón de almuerzo libre.

—Y a mamá y a papá también —murmuré.

Mi hermano dejó escapar un grito sofocado de terror.

—¡Tiene que haber algún sitio seguro! —le dije—. Igual que usamos el porche en casa cuando jugamos a tocar y a parar.

Nat tragó saliva nervioso.

—¿Qué es seguro aquí?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —admití.

—Podemos pedir una tregua —sugirió Nat—. En todos los juegos se permite una tregua.

—Éste es diferente, están en juego nuestras vidas —le dije con suavidad.

Las hojas de los árboles crujieron encima de nosotros y el viento hizo silbar las calabazas.

Oí un gruñido ronco y luego la risa de una bestia. ¡Otra vez ese horrible sonido! Las ramitas crujían, los arbustos se movían y se oían más gruñidos ronc.

—Será mejor que empecemos a jugar —apremió Nat—. Diría que tienen hambre.



—¿Cómo vamos a jugar? —exclamé yo—. No hay modo de ganar, son demasiados, y ni siquiera sabemos dónde está ese sauce Gulla.

—¿Y qué? —me preguntó Nat—. No tenemos elección. Una rama empezó a agitarse y sus hojas crujieron encima de nuestras cabezas. Se oyó un ruido sordo.

Chillé y di un salto hacia atrás.

Algo pequeño y marrón golpeó el suelo ante mis pies. Era uno de esos animales pequeños y marrones que habíamos visto antes. Se frotó contra mi pierna e hizo un ruido, una especie de gorgoteo.

—Al menos estos pequeños no son despreciables —dijo Nat y se agachó para acariciarlo.

El animal mordió la mano de Nat, clavándole cuatro hileras de pequeños y afilados dientes.

—¡Uaaa! —Nat retiró la mano y dio un salto hacia atrás. El animal se escurrió entre la maleza.

Nat tragó saliva con fuerza.

—Extraño —murmuró—. ¿Qué clase de bosque es éste? ¿Cómo puede ser que no haya animales normales?

—¡Chsss! —Me puse un dedo en los labios y fruncí el ceño—. Escucha.

—No oigo nada —se quejó Nat.

—Exacto —respondí.

Los gruñidos y las risas sofocadas habían desaparecido. El bosque estaba silencioso, demasiado silencioso...

—¡Ahora es nuestra oportunidad! —grité—. Corramos —dije mientras le tomaba de la mano.

—¡Espera! —gritó Nat—. ¿Hacia dónde vamos?

Miré atentamente a mi alrededor.

—De nuevo al arroyo —dije—. Intentaremos seguirlo para llegar hasta mamá y papá. Quizás oigamos sus voces cerca del agua.

—Está bien —admitió Nat.

Corrimos a través del claro, nos metimos en el bosque abriéndonos paso por entre la densa línea de árboles. Yo intentaba ver qué había delante.

—¡Por aquí! —grité señalando a mi izquierda.

—¿Por qué? —preguntó Nat.

—Porque —respondí con impaciencia— veo luz a través de los árboles, y eso significa que el bosque se termina. ¿No recuerdas que había menos árboles cerca del arroyo?

Me apresuré. Nat me seguía. Corrimos en silencio durante un rato. Los árboles empezaban a ralear. Pronto no había más que escuálidos arbustos distribuidos por el suelo.

—¡Allí! —Frené en seco. Nat casi choca conmigo—. Hacia allá.

—¡La corriente! —exclamó Nat y entrechocamos las manos en alto. Empezamos a correr excitados, y llegamos al agua casi al mismo tiempo.

»¿Y ahora qué? —preguntó Nat.

—Vayamos hacia la izquierda otra vez —sugerí—. El sol nos daba en la cara cuando comenzamos, de modo que ahora lo tendremos en la espalda.

«¡Sí!», pensé. Íbamos definitivamente de regreso en la dirección en que vinimos. Todo lo que teníamos que hacer ahora era seguir la corriente hasta el claro correcto, de vuelta con nuestros padres.

—Agáchate —le dije a Nat—. Intenta no hacer ruido por si acaso las bestias nos siguen y vigila por si vemos a Pat —añadí.

No sabía si Pat estaría aún en el bosque o no. Esperaba que hubiera regresado a nuestro campamento. Pero podía estar en cualquier parte, quizás escondido cerca, solo y asustado.

Pensar en lo asustado que podía estar Pat me infundió más valor. Debíamos permanecer serenos para así poder ayudarlo.

Nat y yo nos agachamos y corrimos a lo largo de la corriente,

empujando los arbustos en forma de sombrilla que crecían junto a la orilla. Aún podía ver al pez plateado que nadaba en círculos debajo de la superficie del agua.

Mirándolo tropecé y me agarré a la hoja de un arbusto sombrilla para no caerme. La hoja se rompió en mi mano y una savia azul me cubrió los dedos.

¡Otra vez no! Otro color. Primero fue el amarillo, luego el rojo, y ahora el azul.

—¡Ginger! ¡Ven aquí!

El grito de Nat me sorprendió. Corrí a su lado.

Nat señalaba el suelo.

No me atrevía a mirar.

—Una huella —dije frunciendo el ceño. Luego di un fuerte grito. La bota de Nat calzaba perfectamente dentro de la huella, era de la misma medida que la suya.

—¡Pat! —exclamamos juntos.

—¡Ha estado aquí! —chilló Nat con alegría.

—¡Sí! —grité. Pat había encontrado el camino de regreso al arroyo.

—Quizá ya haya vuelto al campamento —dijo Nat excitado—. Podemos seguir sus huellas.

Nos pusimos en marcha impacientes.

A cada paso me imaginaba las caras sonrientes de nuestros padres y de Pat cuando Nat y yo apareciéramos en el campamento.

Las huellas siguieron bordeando la corriente durante un rato, luego giraban y se adentraban en el bosque.

Las seguimos por entre los árboles y nos encontramos en un estrecho sendero.

Los árboles crecían allí más juntos tapando los rayos del sol.

El aire se hizo húmedo y frío. Escuché un gruñido familiar justo detrás de nosotros. La tierra tembló.

—¡Bestias! —grité—. ¡Corre!

Empujé a mi hermano hacia delante y corrimos por el sendero que giraba a la derecha y luego otra vez a la izquierda. No tenía ni idea en qué dirección íbamos.

Yo luchaba por apartar las ramas de los árboles que nos azotaban la cara. Los árboles se balanceaban encima de nuestras

cabezas y las calabazas golpeaban el suelo a nuestro alrededor.

Algo tibio y húmedo se enredó en mi brazo. Me liberé de un tirón, pero otra cosa húmeda me agarró.

Eran enredaderas, gruesas enredaderas amarillas; algunas cubrían las ramas de los árboles y colgaban sobre el suelo del bosque; otras brotaban de los troncos y se envolvían unas con las otras, tejiendo apretadas redes que iban de un árbol a otro.

Algunas se extendían a través del sendero. Tuvimos que saltar sobre ellas y esquivarlas para poder seguir nuestro camino.

Fue un trabajo duro. Podía oír a Nat respirar agitado.

A mí me dolía el costado y el aliento me llegaba en forma de exhalaciones cortas y bruscas. Me estiré para descansar, pero no pude hacerlo. La tierra temblaba bajo nuestros pies y en el bosque se oían ecos de atronadores gritos.

Las bestias se acercaban y ganaban terreno paso a paso.

—¡Cuidado! —advirtió Nat.

Vi una maraña de enredaderas que atravesaba el sendero.

Nat saltó por encima. Yo tomé impulso y salté también, pero mi salto no fue lo bastante alto pues las enredaderas se envolvieron en mis tobillos y caí al suelo.

Otras se añadieron y me trabaron las piernas. Las agarré y tiré frenéticamente de ellas intentando quitármelas de encima.

Pero era inútil, se agarraban a mis piernas con más fuerza.

—¡Nat! —chillé—. ¡Ayuda!

—¡Estoy atrapado! —gritó con voz quebrada—. ¡Ayúdame, Ginger!

Yo no podía ayudarlo, ni siquiera podía moverme.

Las enredaderas se aferraban más y más fuerte a mis piernas.

Otra enredadera me rodeó la cintura. La miré boquiabierta.

¿Qué eran esas cosas brillantes? ¿Ojos?

—¡Ojos! —grité.

¡Las enredaderas no tienen ojos!

Y entonces me di cuenta de qué era lo que pasaba.

Las enredaderas no eran enredaderas: ¡eran serpientes!

12

Grité asustada.

—¡Ginger! —chilló Nat detrás de mí—. No son enredaderas, ¡son serpientes!

—¿Pero, qué me dices? —gruñí.

La serpiente que tenía en la cintura se desenroscó y se deslizó por mi brazo derecho; estaba cubierta de gruesas escamas que resultaban ásperas al contacto con mi piel desnuda.

Inspiré profundamente y rodeé con la mano izquierda el cuerpo de la serpiente: era tibio.

Tiré con fuerza intentando deshacerme de ella, pero no había forma.

Se enrolló y se aferró más fuerte alrededor de mi brazo. Sus ojos duros y fríos me miraban mientras sacaba y metía la lengua.

Entonces sentí que algo me rozaba el muslo, miré hacia abajo: era otra serpiente que trepaba por mi cuerpo.

El sudor me caía por la frente.

—¡Ginger! ¡Ayuda! —gritó Nat—. Se me suben por todas partes.

—¡A-a mí también! —tartamudeé. Miré a mi hermano. Tenía los ojos desorbitados por el terror. Se retorció intentando liberarse.

La serpiente que me rodeaba el muslo echó la cabeza hacia atrás y me miró con ojos penetrantes. La que me rodeaba el brazo me apretó más y más hasta que se me entumecieron los dedos. Emitió un silbido largo y bajo, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¡Van a atacar! —gritó Nat con voz estrangulada.

No respondí.

Sentí cómo una lengua fina y dura chasqueaba junto a mi cuello.
Frías, sus lenguas eran frías y espinosas.

Cerré los ojos con fuerza y contuve el aliento.

«No me muerdas. Por favor, no me muerdas», rogué.

Se oyó un gruñido entre los arbustos de alrededor.

—¡Grrroughhh!

Apareció Fleg y nos miró a Nat y a mí con la boca abierta.

Solté un grito ahogado.

Vi que a Fleg casi se le salían los ojos de las órbitas cuando reparó en las serpientes.

—¡Ojos de serpientes dobles! —gritó.

Todo mi cuerpo tembló. Lo miré boquiabierto y horrorizado.

¿Ojos de serpientes dobles? ¿Era eso bueno o malo?

13

—¡Felicidades! ¡Ojos de serpientes dobles! —gritó Fleg. Sacudió la cabeza con admiración—. ¡Y decíais que nunca antes habíais jugado a este juego!

Las serpientes me abrazaron con fuerza; miré a Fleg.

—¿Pero qué dices? —le pregunté con un hilo de voz.

—Veinte puntos, de eso hablo —gruñó la enorme bestia—. Será mejor que juegue con más energía, si no quiero que me ganéis.

—¡A quién le importa ganar! —grité—. ¡No puedo respirar! ¡Quítame estas serpientes de encima, por favor!

—¿Que os las quite? Ésta sí que es buena —rió Fleg, mientras se agitaban los pliegues de su papada.

—Lo decimos en serio —rogó Nat—. ¡Líbranos de ellas, por favor!

Fleg parecía confuso.

—¿Pero por qué? —preguntó—. Podrían morderos.

—¡Pues por eso! —grité desesperada—. ¡Ayúdanos, por favor!

Las serpientes chasqueaban sus lenguas contra mi mejilla. El corazón me dio un vuelco.

Fleg volvió a sonreír.

—Si os muerden, podríais ganar un Silbato Triple —explicó—. Vale sesenta puntos.

«¿Puntos por ser mordido? ¡Pues vaya juego más tonto!»

—¡Olvida los puntos! —chillé—. ¡Quítanoslas! ¡Pero ya!

Fleg se encogió de hombros.

—Está bien, lo haré.

Dio un paso hacia mí, deslizó una de sus zarpas por debajo de la serpiente que se había enroscado en mi brazo.

—Se necesitan unas buenas garras para hacer bien este trabajo —se jactó.

Fleg rascó la piel de la serpiente con su garra y pude sentir cómo el reptil se aflojaba.

—Tienen cosquillas —explicó. Tiró de la serpiente y la arrojó al suelo.

Después hizo cosquillas a la otra y consiguió quitármela de la pierna; luego se volvió hacia Nat y repitió la misma operación.

Cuando Fleg hubo terminado, dio un salto y se alejó.

Luché para ponerme en pie y me froté brazos y piernas. Todo el cuerpo me picaba y sentía un horrible hormigueo. ¡Entonces supe que siempre vería esas serpientes en mis pesadillas!

Fleg asomó su peluda cabeza por detrás de un árbol.

—Podríais haberme tocado —gritó—. ¡Lástima!

Lanzó una carcajada burlona, se metió en el bosque y desapareció.

Me quedé boquiabierta, no entendía nada.

—¡Tocar! —gritó Nat—. Ya lo tengo. Es como tocar y parar. Las reglas son fáciles, Ginger. —Se volvió para estar frente a mí—. Si tocas a una de las bestias, ya no paras tú. ¡Dejas de ser la Bestia del Este!

Nat salió corriendo detrás de Fleg.

—¡Espera, Nat! —Corrí tras él. Pisé algo duro y oí un crujido y luego otro. Miré hacia el suelo.

»¡Deténte, Nat! —grité. Vi una piedra de color naranja en el suelo, la recogí y se la tiré a Nat—. ¡Eh, alto!

Miré mi mano: naranja, los dedos se me habían puesto de color naranja al tocar la piedra.

La piedra se estrelló contra el tronco de un árbol; Nat se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó.

—Para detenerte —respondí.

—Escucha, Ginger —apremió Nat—. Tienes que tocar a una de las bestias, es el único modo de ganar el juego y seguir con vida.

—No lo creo —dije con tanta calma como pude.

Nat frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? Es sólo como jugar a tocar y a parar.

—No, no es lo mismo, no es el juego al que solíamos jugar —dije señalando el suelo.

Nat se acercó más, miró hacia donde yo señalaba y gritó asustado.

—¿Qué es eso?

14

—Huesos —balbucí—, un montón de huesos de animales.

Nat y yo nos miramos. Los huesos brillaban bajo la luz del sol. Estaban completamente limpios y descarnados.

—Fíjate, ¿ves algo más? —Señalé el suelo junto a los huesos.

—¿Qué? —Nat frunció el ceño.

—Es marrón —dije—, la hierba bajo los huesos. ¡Es un cuadrado marrón de almuerzo libre!

Nat tragó saliva.

—Una bestia se lo comió —murmuró—, cualquier cosa que fuese.

Me rodeé el pecho con los brazos, estremecida.

—Esto no es como jugar a tocar y a parar, Nat —le dije con solemnidad. No podía apartar la vista de los huesos del pobre animal—. Éste es un juego mortal.

—Sólo si perdemos —repuso Nat—. Ginger, acabamos de ver a Fleg y nos ha ayudado.

—¿Y qué? —contesté.

—Pues que haremos que nos ayude una vez más, Ginger.

—¿Y cómo lo lograremos?

Nat sonrió.

—Es fácil, lo engañaremos. Simularemos que necesitamos ayuda, que tienes otra serpiente enroscada o algo así.

—Vale —le repliqué mirando hacia arriba. Ni en sueños iba a permitir que Fleg se me acercara otra vez.

Nat me agarró del brazo.

—Funcionará. Tú gritas pidiendo ayuda y seguro que Fleg se acerca. Entonces saltas y lo tocas. Es fácil. —Nat chasqueó los dedos.

—Olvidalo. Buscaré el arroyo, lo encontraré y me iré de aquí.

—¿Por qué eres tan testaruda? —masculló Nat.

—¡Porque soy yo la que paro! —grité—. ¡Es a mí a quien se van a comer!

—S-sé que podemos ganar si lo intentamos —tartamudeó Nat.

Inspiré profundamente varias veces e intenté liberarme del pánico que me oprimía el pecho.

—Está bien —dije finalmente—. Está bien, lo intentaré: ¿Qué tengo que hacer?

15

Nat me sonrió.

—Primero subiré a un árbol —dijo—. Desde allí arriba podré ver los escondites de las bestias.

Miré hacia los altos árboles que nos rodeaban.

Y pensé: «Todo lo que necesitamos es tocar a una bestia cualquiera».

—De acuerdo, adelante —le dije a Nat—, pero no te quedes allí arriba demasiado tiempo.

Nat buscó el árbol más adecuado.

—Ése —dijo finalmente.

El árbol era alto, tenía docenas de ramas fuertes, y en el centro de cada una había un nudo grande; pequeñas hojas doradas cubrían las ramas. El árbol parecía lo bastante fuerte como para aguantar el peso de Nat.

—Esto está chupado —me aseguró—. Tanto como subir una escalera, y desde allí arriba podré verlo todo.

Esperé cerca de la base del árbol. Nat puso el pie en la rama más baja y se dio impulso.

Trepaba lentamente y con seguridad.

—¿Ves algo? —pregunté ansiosa.

—Veo un extraño nido —respondió Nat—, lleno de grandes huevos.

—¿Y de las bestias qué? —grité—. ¿Las ves?

—Aún no.

Trepó más alto y unos segundos después había desaparecido de

la vista.

—¡Nat! ¿Puedes oírme? —grité. Ahuequé las manos alrededor de la boca—. ¡Nat! ¿Dónde estás? ¡Respóndeme!

Corrí alrededor del árbol mirando hacia arriba a través de las ramas. Vi a Nat cerca de la copa.

Se movía con cuidado, soltó una rama y se subió a la siguiente. La copa se balanceó peligrosamente.

Contuve la respiración.

Quizá no había sido una buena idea. Sobre todo si yo tenía que subir a rescatarlo.

—¡Nat! —Me dolía la garganta de gritar tan fuerte—. ¡Ten cuidado!

El tronco osciló de un lado a otro. Primero lentamente, luego más deprisa.

Se desprendieron pedazos de corteza y cayeron en lenta espiral hacia el suelo.

Las gruesas ramas también se agitaron doblándose por la mitad, a la altura de los nudos.

Aquellas ramas me recordaban algo, algo que me era familiar.

«Brazos», pensé. Los nudos eran como codos. Y las ramas eran como grandes brazos que se extendían...

Parpadeé. ¿Estaba viendo visiones?

Las ramas se alargaban para alcanzar a Nat.

—¡Nat! —chillé.

En lo alto, encima de mí, lo vi agarrarse a una rama más delgada.

—¡Nat! —Corrí frenética alrededor de la base del árbol, golpeando el tronco con los puños—. ¡Nat! ¡Baja! —grité—. ¡El árbol está vivo!

16

Nat me miró desde lo alto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Baja! —chillé—. Las ramas... —Era demasiado tarde.

Las ramas superiores habían agarrado a Nat por los brazos, y gritaba presa del pánico. Otras ramas como látigos lo golpeaban.

—¡Ginger! —gritó Nat—. ¡Ayúdame, por favor!

¿Qué podía hacer?

Horrorizada levanté la vista cuando dos ramas más bajas se aproximaron a Nat, que era llevado en volandas.

Las ramas lo envolvieron en un apretado abrazo.

«¡Esto no está sucediendo! —me dije a mí misma—. ¡No puede ser verdad!»

Los pies de Nat colgaban en el aire mientras intentaba dar patadas al árbol con furia.

—¡Suéltame! ¡Suéltameee!

Mientras unas ramas lo sujetaban otras lo golpeaban con fuerza.

Llevaron a mi hermano hacia el centro del árbol, en donde las ramas crecían más densas y más fuertes.

Nat gritó. Pataleó una y otra vez, pero las ramas le apresaron las piernas.

No había forma de trepar hasta él. Cada rama lo azotaba con salvajismo. Incluso las más pequeñas, que no podían alcanzarlo, intentaban agarrarlo alargándose al máximo para golpearlo.

Mientras, yo miraba impotente la escena, las ramas más gruesas llevaron a Nat al centro del árbol y desapareció.

—¡Ayuda! —Su grito me llegó apagado—. ¡Ginger..., va a tragarme!

Tenía que hacer algo, sacarlo de algún modo, liberarlo de ese árbol vivo. Pero ¿cómo?

Nos habíamos librado de las serpientes. Teníamos que salvarnos de las ramas también. Si sólo...

«¡Eso es!»

Tuve una idea loca, pero posiblemente funcionaría.

«Si el árbol está vivo, quizá tenga sentimientos —pensé—. Y si tiene sentimientos, quizá tenga cosquillas... ¡como las serpientes!»

—¡Ginger! ¡Ayuda! —Los gritos de Nat se hacían cada vez más débiles.

Sabía que no tenía mucho tiempo.

Salté hasta el árbol. Una rama me golpeó. Cogí impulso y salté al tronco. Me agaché cuando una gruesa rama se balanceaba sobre mi cabeza.

El árbol intentaba apartarme mientras se tragaba a mi hermano, pero yo me acurruqué bajo las ramas que se agitaban.

Y empecé a hacer cosquillas a la áspera corteza, primero con una mano y luego con las dos.

¿Era aquello un estremecimiento? ¿El árbol en verdad temblaba o eran imaginaciones mías?

«¡Por favor! —rogué en silencio—. Por favor, por favor, deja libre a mi hermano».

Le hice cosquillas con todas mis fuerzas.

—¡Nat! —grité—. ¡Nat! ¿Puedes oírme?

Silencio.

—¿Nat? ¿Nat?

No hubo respuesta.

17

No me di por vencida. Hice cosquillas al árbol con más fuerza.

El tronco empezó a temblar, se soltaron puñados de hojas y flotaron en el aire. Me caían en el pelo y en los brazos, mientras yo golpeaba y arañaba el tronco del árbol.

Seguí haciéndole más cosquillas. Las ramas se sacudieron y oscilaron y el tronco se movió.

«¡Sí! —pensé excitada—. ¡Funciona! ¡Creo que tiene cosquillas! ¡Haré que este árbol se muera de risa!»

Venga, más cosquillas: el tronco se retorció bajo las puntas de mis dedos.

Levanté la vista y vi las botas de Nat que asomaban por entre las hojas; luego sus piernas, sus brazos, su cara.

Las ramas se sacudían y temblaban.

Nat se balanceaba libre ya. Saltó de rama en rama. ¡Al fin resultaban útiles sus habilidades para trepar por los árboles!

—¡Deprisa! —le grité—. No puedo sostener esto mucho más tiempo. ¡Salta!

Nat bajó por el tronco del árbol.

—¡Allá voy! —gritó. Soltó el tronco, saltó en el aire y aterrizó en cuclillas a mis pies.

»¡Uaaa! ¡Buen trabajo, Ginger!

Le agarré de la mano y nos apartamos del árbol a toda velocidad.

Nat se sacudió las ramitas y las hojas que tenía en el pelo.

—¡He visto algunas bestias! —me explicó.

Me mordí el labio. Con toda esa excitación acerca del árbol viviente, había olvidado que estábamos metidos en un juego mortal.

—He visto a tres bestias —me informó Nat—. Fleg, Spork, y otro con la cola rota. En esa dirección —dijo señalando hacia la derecha.

—¿Qué hacían? —pregunté.

—Todos están escondidos detrás de una gran piedra gris. Puedes llegar hasta ellos, es fácil.

—Facilísimo. —Miré al cielo—. Pan comido.

—Puedes hacerlo. —Los ojos oscuros de Nat se clavaron en los míos—. Sé que puedes, Ginger.

Nat encabezó la marcha. Nos movíamos despacio y con cautela a través del bosque, en dirección al peñasco.

Oscurecía encima de nuestras cabezas y el aire se hacía cada vez más frío. Era el atardecer, pronto desaparecería el sol detrás del sauce Gulla. Deseé tener el tiempo suficiente para poder salvarnos.

—¡Allí está la roca! —susurró Nat.

Vi un pequeño claro entre los árboles. En el centro se elevaba un peñasco gris. Era lo bastante grande como para ocultar a una docena de bestias. Mi corazón comenzó a latir deprisa.

—Me esconderé detrás de esta planta de col —dijo Nat. Yo lo seguí. No estaba lo bastante preparada como para enfrentarme sola a las bestias.

Me incliné y me até los cordones de las botas, intentando ignorar las náuseas que sentía.

—Acércate a hurtadillas —susurró Nat.

—Ven conmigo, por favor —le rogué.

Nat sacudió la cabeza.

—Haremos demasiado ruido si vamos los dos —arguyó—. Es más seguro si vas tú sola.

En el fondo sabía que tenía razón.

Además parecía bastante fácil. Las bestias escondidas tras la gran roca no sabían que yo estaba acercándome. Todo lo que tenía que hacer era tocar a una.

Un escalofrío de excitación me recorrió la espalda. Sabía que podía conseguirlo.

Y el juego habría terminado: estaríamos a salvo.

Inspiré profundamente.

—Preparada o no, allá voy —murmuré.

Avancé sigilosamente hacia la roca, miré hacia atrás. Nat asomaba la cabeza por detrás de la col y me hacía señas con los pulgares hacia arriba.

Unos pasos más y estaría en la roca, contuve la respiración.

La roca gris se elevaba ante mí. Estiré un brazo. Mis dedos temblaban de excitación. Y ¡zas!, salté detrás de la roca.

—¡Te tengo! —grité—. ¡Paras!

18

—¿Eh, pero qué pasa?

Mi mano se cerró en el aire.

¡Se habían marchado!

Ya no había bestias, sólo un montón de calabazas aplastadas esparcidas por el suelo.

Parpadeé con sorpresa y trepé a la parte delantera de la roca.

Nada, se habían ido.

—¡Nat! —grité—. ¡Nat!

Mi hermano se acercó trotando.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Se han marchado —le dije—. ¿Y ahora qué?

—Eh —respondió él rápidamente—, no es mi culpa.

Miré a mi hermano. Me sentía desilusionada y tenía miedo.

Sopló una fuerte ráfaga de viento, miré el cielo, estaba veteado de sombras rosadas. El sol se estaba poniendo.

Sentí el pecho oprimido por la desesperación.

—Es inútil —murmuré.

Nat sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué necesitamos? —preguntó.

—No. ¿Qué? —repliqué.

—Necesitamos otro plan.

Me eché a reír. ¡Nat era un caso!

Se apoyó contra la piedra y arrugó la nariz.

—¿Qué clase de roca es ésta? —preguntó.

—Una roca horripilante —respondí.

Nat observó la enorme roca.

—Algo crece encima de ella —dijo.

—Bueno, pero no toques nada —le advertí.

Pero decirle a Nat que no hiciera algo, sólo servía para que tuviera más ganas de hacerlo.

Metió un dedo dentro de un agujero de la piedra. La gran roca tembló. En la parte superior apareció una grieta que se abrió con rapidez.

Nat sacó el dedo.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté.

Una nube de humo gris salió del interior.

¡Cataplum!

Nos agachamos tapándonos los oídos con las manos. La explosión sonó como un millón de petardos.

Aún salió más humo gris de la roca, apenas si podía ver a Nat; empecé a toser y me ardían los ojos.

El humo llenó el claro alrededor de nosotros y flotó por encima de las copas de los árboles. Unos segundos más tarde se desvaneció. Y entonces vi a Fleg de pie en el claro. Spork apareció detrás de él, rascándose la cuenca del ojo vacía. Les siguió otra bestia, y luego otra. Nos miraban fijamente.

—¡Has tocado la roca de castigo! —gritó Fleg.

Nat dio un paso hacia mí.

—¿Eh?

Fleg asintió mirando a la bestia con la cola rota.

—Agárralo, Gleeb —gruñó.

Gleeb tensó el hocico. Se le salían los ojos de las órbitas. Se acercó para alcanzar el brazo de Nat.

—¡Espera! ¡Alto! —grité—. Nat no sabía qué era eso del castigo.

—¡No es justo! ¡No es justo! —gritó Nat.

Las bestias nos ignoraron.

Gleeb agarró a Nat y lo levantó en el aire.

—Vamos —gruñó Gleeb.

Balanceó a Nat con ambas zarpas. Luego simuló dejarlo caer.

Nat chilló.

Gleeb y las otras bestias soltaron su horrible carcajada aplaudiendo con sus peludas patas.

—¡Deténte! —le grité—. ¡Suéltalo!

—Sí, vamos —repitieron las bestias. Aplaudieron otra vez—. ¡Vamos! ¡Vamos! —cantaron.

Miré ferozmente a Fleg.

—Dile que baje a mi hermano.

—Él tocó la roca de castigo —explicó Fleg—. Se merece pagar por ello.

—¡Pero no lo sabíamos! —protesté—. No conocemos ninguna de vuestras estúpidas reglas. Eso no es justo.

Intenté agarrar las piernas de Nat que colgaban.

—Déjame ver tu mano —pidió Fleg. Tomó mi brazo y levantó la mano hasta sus ojos, estudiando la palma.

—¡Colores *nubloff*! —exclamó. Me estudió—. Eso vale cincuenta puntos. No puedes engañarme, has jugado a este juego antes, ya conoces las reglas.

Miré mi mano. Savia amarilla del palo, azul de la hoja de la planta sombrilla, naranja de la roca: ¿colores *nubloff*?

—Pero-pero... —tartamudeé—. No me puse estos colores a propósito.

Fleg y Spork intercambiaron miradas cómplices.

—Vamos —ordenó Fleg agitando la mano en dirección a Gleeb.

Gleeb se echó a Nat sobre el hombro y siguió a Fleg hacia el bosque. Los otros fueron detrás pisando fuerte.

—¡Ginger! —gritaba Nat mientras la bestia se lo llevaba.

Corrí detrás de ellos sintiéndome totalmente impotente.

—¡Alto! ¿Dónde lo lleváis? —chillé—. ¿Qué vais a hacerle a mi hermano?

19

Los seguí por un ancho sendero bordeado de rocas gigantes.
¿Más rocas de castigo?

Me quedé en el centro del camino, con miedo a tocarlas.

Las bestias se detuvieron a la entrada de un túnel. Estaba excavado en el costado de la roca más grande que yo hubiera visto jamás.

Agacharon sus cabezas y se precipitaron en el interior.

Las seguí, el corazón me latía muy deprisa.

—¡Ginger! —Los gritos de Nat resonaban en las paredes del túnel.

Las bestias gruñían y hablaban atropelladamente, llenas de excitación. Algunas golpeaban con sus patas en el techo mientras andaban.

Todo temblaba: las paredes, el techo, el suelo.

—¡Nat! —grité. No podía ni oír mi propia voz a causa del ruido.

Seguí a las bestias fuera del túnel, hacia otro gran claro.

—¿Qué es eso? —farfullé.

En el centro del claro, una gran caja de madera colgaba de un árbol. Parecía una enorme jaula de pájaro con una pequeña puerta en un costado.

En un letrero encima de la puerta se leía: JAULA DE CASTIGO.

Gleeb levantó a Nat por los aires, lo sostuvo en alto para que todas las bestias lo pudieran ver y dieran vueltas alrededor de él una y otra vez.

Nat gritó.

Spork y los demás pisaban con fuerza y aplaudían.

—¡No! —grité—. ¡No podéis hacer eso!

—Debe ir a la jaula —declaró Fleg—. Tocó la roca de castigo. Son las reglas.

Gleeb arrojó a Nat dentro de la jaula de castigo, cerró la puerta y puso una rama en el cerrojo de madera para asegurarlo. Nat gritó tras los barrotes.

—Ginger, sácame de aquí. —La jaula de castigo se balanceó en el aire.

—No te preocupes, Nat —le reconforté—. Te sacaré de ahí. —Me estremecí, parecía tan pequeño e indefenso...

»No podéis mantenerlo allí para siempre —le dije a Fleg—. ¿Cuándo podrá salir?

—Cuando vayamos a comérmolo —replicó Fleg despacio.

20

—¡Pero yo soy la Bestia del Este! —protesté—. Dijisteis que me comeríais a mí —argüí avanzando hacia él.

—También se comen los jugadores que están en la jaula de castigo —dijo Fleg con disgusto—. No finjas que lo has olvidado. Todos lo saben: es una regla básica.

—Debe de haber otro modo de sacarlo —dije acercándome más.

—Sólo si él come una tarántula de huida libre —explicó Fleg. Se rascó la piel de la papada.

—¿Eh? ¿Que tiene que comer una tarántula? —pregunté dando otro paso hacia la bestia.

Fleg entornó los ojos.

—No simules que no sabes eso —dijo mientras se iba.

Me arrojé contra el pecho peludo de Fleg y lo golpeé con fuerza.

—¡Paras! —grité. Levanté los dos puños en señal de triunfo—. ¡Paras! ¡Te he tocado!

Fleg levantó una ceja.

—Lo siento —dijo con calma—. Hice una pausa en el juego. No vale.

—¡No! —chillé yo desesperada—. ¡No puedes! ¡No puedes estar cambiando siempre las reglas!

—No lo he hecho, las reglas son las reglas —contestó Fleg. Estiró un brazo por encima de mí y comprobó la cerradura de la jaula de Nat. Ésta se mantenía firme.

—Prueba otra vez —gruñó Spork—. Siempre puedes volver a intentarlo.

El resto de las bestias asintieron, riendo y bufando de excitación. Estaban divirtiéndose de lo lindo. Salieron corriendo del claro con estruendo.

—¡Ginger! —gritó Nat. Golpeaba la jaula—. ¡Sácame de aquí, por favor!

Lo miré con desesperación. No podía llegar hasta él de ningún modo.

Él me miraba a través de los barrotes, el cabello castaño le caía sobre los ojos.

—Haz algo —rogó.

—Lo intentaré otra vez —dije.

Era lo único que podía hacer.

—¿Puedes verlos? —pregunté—. ¿Hacia dónde han ido?

Nat señaló.

—Veo algunas bestias escondidas por allí.

—Regresaré —prometí—. Después de que haya tocado a uno de ellos.

Intenté aparentar seguridad. Deseé poder creer en mis propias palabras.

—¡Date prisa! —gritó Nat detrás de mí.

Un fuerte viento sopló en el claro y meció la jaula de un lado a otro. Nat se encorvó y abrazó sus rodillas.

Lo miré una última vez antes de marcharme.

Largas sombras atravesaban el suelo. Miré el cielo. El color naranja se tornaba rosa fuerte, estaba llegando el atardecer.

Me interné en el oscuro bosque. A mi alrededor podía oír a pequeños animales que saltaban por la alfombra de hojas que cubría el suelo del bosque, como si corrieran a casa antes de la puesta del sol.

«En casa —suspiré—, allí estaríamos seguros».

El viento aulló con fuerza por entre los árboles. Me tambaleé y estuve a punto de caer sobre un tocón de árbol podrido. El bosque me cercaba. El tiempo se me estaba acabando.

Y entonces vi una bestia escondida detrás de un arbusto sombrilla. Tenía los hombros caídos y la cabeza le oscilaba con suavidad de arriba abajo. Estaba profundamente dormida.

«Ésta es mi oportunidad», pensé.

Avancé lentamente hacia ella. La bestia cambió de posición. Me detuve y contuve la respiración.

Se quedó quieta otra vez. Debía de haberse movido en sueños.

«Eso es —pensé—. Mi oportunidad. En un segundo, ella será la Bestia del Este».

Me precipité hacia ella y proferí un grito ahogado. La tierra se hundía, no había nada debajo de mí; nada excepto el vacío. Caí rápidamente. Abajo... abajo... abajo..., chillando sin parar.

21

Caí con fuerza sobre algo sólido. Mis pulmones soltaron el aire de golpe. Uno de mis hombros golpeó contra una roca afilada. Grité y me froté el brazo, luchando por recobrar el aliento. Me incorporé y miré a mi alrededor: estaba demasiado oscuro y no podía ver nada.

«Se ha acabado —pensé—. El juego ha terminado».

—¡Eh!... ¿Hay alguien allí arriba? —grité—. ¿Puede alguien oírme?

Callé y esperé una respuesta, cualquiera que fuese: silencio.

Hice un esfuerzo por ponerme en pie. Me dolía el hombro. Lo hice girar hacia atrás y hacia delante un par de veces para evitar que se entumeciera. Estiré la mano y palpé las paredes a mi alrededor: tierra sólida. Estaba en una especie de pozo profundo, de esos que la gente suele excavar para atrapar animales. Sólo que ahora el animal atrapado era yo.

Tanteé las paredes. Quizá pudiera encontrar algo adonde agarrarme para poder trepar y salir.

¡Tac! «¿Qué es eso?»

Mi mano tocó algo frío que sobresalía del costado del pozo. Apreté los dientes y me obligué a tocarlo otra vez. Lo sentía firme bajo los dedos. «Una raíz —pensé excitada—. No está viva».

Seguí tanteando la pared. Las raíces estaban por todas partes, hasta donde yo podía alcanzar. ¡Perfecto!

Levanté un pie y lo puse sobre la raíz más baja. Parecía que aguantaba.

¡Qué suerte, asideros para los pies! Ya podía salir del pozo.

Me agarré con las dos manos a la raíz más alta que pude alcanzar, me di impulso hacia arriba y oí cómo se desmenuzaba la tierra suelta de las paredes. Me apreté contra una de las paredes mientras la tierra seguía deslizándose por el costado del pozo y me caía sobre la cara. Cerré los ojos con fuerza y esperé a que cesara la avalancha. Luego encontré la siguiente raíz y seguí subiendo.

¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Cuánto faltaba para que el sol se pusiera?

Me dolía el hombro, pero tenía un largo camino que recorrer. Descansé un momento apoyada contra la pared; luego continué subiendo.

Oí un chasquido. La raíz se rompió bajo mi pie derecho y la pierna me quedó colgando en el aire. Otro chasquido. La raíz de la que me agarraba con la mano derecha se soltó.

—¡Ay! —exclamé al sentir que me caía.

Aterricé con fuerza en el suelo del pozo. Me quedé un momento quieta, intentando recobrar el aliento. Levanté la vista y vi cómo un último trozo de cielo rosado brillaba sobre la boca del pozo.

Miré a mi alrededor bajo la luz menguante, observando las inútiles raíces a los lados del profundo agujero. Luego miré hacia el suelo.

¡Oh, no! Había suficiente luz natural como para ver el suelo bajo mis pies, era de color marrón y tenía forma cuadrada. ¡Un cuadrado de almuerzo libre! Estaba atrapada, atrapada en un cuadrado de almuerzo libre. Las bestias podían comerme cuando quisieran.

Me quedé helada de pánico. Oí pisadas encima de mi cabeza. Me acurruqué en un rincón del pozo y apoyé la espalda contra la tierra.

—¡Por aquí! —oí gritar a Fleg—. ¡Ella está aquí abajo!

22

Fleg apareció en la boca del pozo con su asquerosa papada. Me miró fijamente a los ojos.

—¡Te he encontrado! —exclamó.

Spork se deslizó junto a Fleg. Me sonrió y soltó una baba amarilla que cayó junto a mi bota.

—¡Algo allí abajo huele delicioso! —gritó Spork—. ¡Tengo tanta hambre!

Gleeb asomó su peluda cara entre las de Fleg y Spork y se relamió. Oí rugir a mi estómago.

—¡Al fin! —gruñó Spork—. ¡Sacadla fuera! ¡Comámonosla!

Me cubrí la cara con las manos.

—¡Por favor, no me hagáis daño! —supliqué—. Yo no os he hecho nada.

Fleg se encogió de hombros.

—Si juegas, algunas veces ganas y otras pierdes. Spork y Gleeb alargaron los brazos e intentaron atraparme con sus enormes garras. Apreté la espalda más fuerte contra la pared.

—Por favor —supliqué—. Por favor, marchaos y dejadme sola. Habéis ganado, ¿de acuerdo? Podéis quedaros con todos mis puntos.

—Los puntos no pueden regalarse —me reprendió Fleg—. Tú ya lo sabes.

Los otros gruñeron asintiendo y se dispusieron a alcanzarme.

Registré el pozo con los ojos, buscando un arma. ¿Las raíces? Tiré de una muy gruesa y la saqué de la tierra.

—¡Atrás! —grité, golpeando sus zarpas con la raíz.

Las bestias se palmearon una a la otra en la espalda y soltaron una de sus horribles carcajadas.

—Lo lamentaréis —les amenacé.

¿A quién quería engañar? Esa estúpida raíz no podía hacerles daño y ellos lo sabían. Yo era la Bestia del Este. Yo era su cena.

Fleg se inclinó dentro del pozo y gruñó, sus garras estaban a sólo unos centímetros de mi cara. Me agaché, él me rozó la nuca y sentí que me escocía la piel; me moví para esquivarlo y se me puso carne de gallina.

«Si sólo pudiera meterme dentro de la tierra como un animal», pensé.

La zarpa de Fleg golpeó el aire frente a mi cara.

—Deja de esquivarme —gritó—. Sólo logras hacer que tenga más hambre.

—¡No es justo! —repuse.

Se volvió hacia Spork y Gleebe.

—Estoy cansado de esto —se quejó—. Basta de evasivas.

Sus ojos redondos brillaron hambrientos cuando me miró.

—¡Agarradla de una vez! —vociferó.

Spork se inclinó y me tomó del brazo. Sentí que su garra se me clavaba en la piel. Tiró de mí hacia arriba y me puso en pie.

«Se acabó —pensé con tristeza—. El juego ha terminado».

23

Pasó una nube que dejó el pozo en una profunda oscuridad.

Fleg aulló y se golpeó con una zarpa la ancha frente.

—¡Alfombra de sombra! —gritó.

Spork abrió su garra y soltó mi brazo.

Caí al suelo de rodillas.

—¡Alfombra de sombra! —gritó Spork.

—¡Alfombra de sombra! —repitió Gleeb.

Me puse en pie. Las voces enfadadas de las bestias hicieron que me retumbara la cabeza.

Patalearon haciendo mucho ruido.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté.

—Estás a salvo —replicó Spork con una sonrisa sarcástica de disgusto—, por esta vez.

«¿A salvo?» Suspiré con alivio.

—Pero... ¿por qué? —pregunté yo asombrada.

—La nube te cubre. Estás en alfombra de sombra —explicó Fleg—. No podemos tocarte. Es un comodín. Pero sólo puedes usarlo una vez.

Con una vez tenía bastante, no pensaba jugar a ese horrible juego para siempre.

—Debemos dejarte marchar por esta vez —gruñó Fleg—. Pero aún eres la Bestia del Este.

—Aún tienes que tocar a alguien antes de la puesta de sol —añadió Spork.

Gleeb suspiró. Las tres bestias volvieron hacia el bosque.

—Nos marcharemos ahora —anunció Fleg.

—¡Esperad! —Me puse de pie con dificultad—. ¿Cómo salgo de aquí? ¿Cómo puedo tocar a alguien si estoy metida en este agujero?

Fleg miró hacia el cielo. Alargó un brazo y presionó con la zarpa una roca morada que había en el suelo, cerca del borde del pozo. El fondo crujió y luego se elevó, más y más alto. Al final se detuvo con una fuerte sacudida unos centímetros por debajo del suelo. Yo estaba lo bastante cerca como para ver los tobillos de las bestias. Podía ver los brillantes parásitos negros que se arrastraban por su piel. Tragué saliva con nerviosismo. ¿Era ésa alguna clase de truco o estaba realmente a salvo?

—Aún necesito ayuda para salir de aquí —le dije a Fleg.

Fleg golpeó la roca morada otra vez.

El fondo del pozo empezó a moverse. Esta vez se paró al nivel del suelo.

Salté fuera del cuadrado de almuerzo libre. Las bestias me rodearon.

—El sol ya casi se pone —advirtió Fleg—. El juego está a punto de terminar.

—No tienes mucho tiempo —agregó Spork.

Fleg bufó. Luego se volvió y se alejó pesadamente.

—Buena suerte —gritó Spork mientras corría tras Fleg. Gleeb lo siguió. Corrieron hacia el túnel de piedra.

—¡Esperad! —grité. Corrí tras ellos tan deprisa como pude, y me adentré en el túnel de roca. Podía oír a las bestias delante de mí; gruñían y rascaban las paredes y el techo con las garras armando mucho jaleo.

Las vi salir por el otro lado del túnel, se dispersaron corriendo en distintas direcciones.

¿Hacia dónde debía ir yo? Sabía que no podía perder tiempo.

Seguí a Fleg que se abría paso por entre los árboles. Saltó por encima de algunos arbustos. Yo jadeaba luchando por alcanzarlo.

Fleg tomó velocidad, corría más y más rápido. Apenas si podía seguirlo ahora. Respiraba con dificultad.

—¡Espera! —grité con desesperación—. ¡Espera!

Fleg me miró por encima del hombro y desapareció entre los árboles. Entonces me detuve.

El cielo se volvió violeta, pronto estaría completamente oscuro.

Di media vuelta, buscando con desesperación alguna bestia a la que poder tocar.

—¡Yuu-juu! ¡Por aquí! —oí llamar.

Me giré.

Era Spork, me saludaba entre dos altos árboles. Corrí hacia él que se precipitó pesadamente por un camino serpenteante. Lo seguí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

De pronto mi pie chocó contra una roca y rodé por el suelo. Me esforcé por ponerme en pie. El bosque estaba en silencio a mi alrededor: no había bestias.

¡Quería gritar! Y así lo hice.

—¡Fleg! ¡Spork! ¡Gleeb! ¿Dónde estáis?

¿Cómo podía tocarlos? Si ni siquiera podía encontrarlos.

Registré el área con la vista.

¿Qué era aquello? Entorné los ojos en un esfuerzo por ver.

¡Sí! ¡Una cabeza de piel azul asomaba detrás de un arbusto!

«Mi última oportunidad». Hice acopio de energía y corrí hacia el arbusto.

Extendí el brazo.

—¡Tocado! —grité—. Estás...

24

—¡Grrr! —La pequeña bestia daba zarpazos en el aire.

«¡Es la bestia bebé!» La única que medía menos de un metro de altura. Era demasiado baja para poder jugar.

«¡No es justo!», pensé.

Mis esperanzas quedaban destruidas una vez más. Recogí una piedra y muy enfadada la tiré al bosque.

—¿Dónde están todos? —grité—. ¡Venga, valientes, salid y jugad!

La pequeña bestia aplaudió con las zarpas y gorjeó feliz.

La miré. ¿Por qué estaba allí sola?

Entonces tuve una idea. ¡Por supuesto!

Debía de haber otra bestia cerca. Una más mayor para vigilar a la pequeña. Una que midiera más de un metro de altura a la que yo podría tocar. Registré el área: árboles y grandes rocas. Tendría que buscar detrás de cada uno de ellos.

Respiré profundamente y caminé de puntillas a través de los árboles deteniéndome a mirar detrás de cada roca.

¡Crunch! Mi pie hizo crujir un montón de ramitas.

Me quedé completamente quieta y esperé: silencio.

Avancé y agucé el oído: silencio.

Continué avanzando despacio. Debía de haber una bestia en algún lado, pero ¿dónde? Entonces oí un ruido, como si alguien hablara entre dientes. Me puse detrás de un arbusto y me acerqué. El sonido venía de detrás de una alta roca afilada. Me asomé.

¡Spork!

¡Sí! Spork estaba detrás de la roca hablando consigo mismo. Se rascaba la cicatriz de la nariz.

Podía tocarlo con facilidad. Pero ¿era ésa otra roca de castigo? ¿Sería otro fracaso?

No quería terminar colgando encima del suelo, dentro de una jaula como Nat. ¡Pobre Nat!

Inspiré profundamente y me acerqué más a Spork. Él se volvió y miró hacia el bosque.

—Pequeña bestia —llamó—, ¿eres tú?

Me dejé caer al suelo y esperé.

Sentía latir el corazón en los oídos. Me esforcé por permanecer quieta. Spork no se movió de su sitio. Suspiró y empezó a hablar entre dientes otra vez.

Tres pasos más y podría tocarlo. Dos más... Me limpié el sudor de la frente. Uno más...

Era demasiado maravilloso para ser cierto. Spork no tenía ni idea de que yo estaba detrás de él.

Lo golpeé con fuerza.

—¡Paras! —chillé.

Spork profirió un grito sofocado de sorpresa y levantó las grandes zarpas en el aire. ¡Creí que iba a desmayarse!

—¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! —grité feliz—. ¡Estoy libre!

Spork gruñó y se levantó. Era mucho más alto que yo y no parecía perturbado en lo más mínimo, aunque acababa de perder el juego.

—¡Paras! —repetí—. ¡Tú eres la Bestia del Este!

Spork levantó una zarpa con pereza y se rascó la cuenca vacía del ojo.

Sentí un escalofrío de miedo. ¿Qué pasaría si se negaba a obedecer las reglas?

—Lo siento —dijo con suavidad—. No esta vez.

—¡Eh! —repuse con enfado—. ¡Debes obedecer las reglas! ¡Te he tocado!

Spork me miró como si yo le resultara muy divertida. Algo estaba mal. Pero ¿qué? ¿Qué era? ¿Por qué no decía nada?

Frunció los labios con una sonrisa malévola.

25

—Me has tocado desde el oeste —me susurró Spork—. No vale. Pude sentir cómo la sangre me afluía a la cara.

—¡No es justo! ¡Te he tocado! ¡Te he tocado! —me quejé. Spork se encogió de hombros.

—Tienes que tocarme desde el este, ¿recuerdas? —Sus pequeños ojos casi desaparecieron cuando su cara se arrugó en una carcajada—. ¡Aún eres la Bestia del Este!

Gemí. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Ésa era la regla más importante de todas. ¿Cómo se suponía que debía yo saber en qué dirección estaba el este? ¡Ya ni siquiera podía ver el sol!

Me latía la cabeza y sentía un malestar en todo el cuerpo; estaba dolorida y tenía hambre.

Spork permaneció allí, sacudiéndose con una risa silenciosa.

Miré el cielo que oscurecía.

¡Un momento! Trepé a la roca. El sol se ponía detrás de mí. Ese era el oeste. Enfrente de mí estaba el este.

Estudí a Spork. Sin Fleg a su lado, la gran bestia parecía menos amenazante, casi inofensiva. Después de todo, se suponía que estaba haciendo de niñera. ¿Y qué era lo que había ocurrido? Había perdido a la pequeña bestia.

Y ahora estaba tan ocupado riendo de mi error que prácticamente se había olvidado de mí.

—Eh, Spork —llamé su atención—. ¿Quieres jugar a uno de mis juegos ahora?

—Pero aún estamos jugando a éste. —Parpadeó sorprendido.

—Haré una pausa. De todos modos, es algo aburrido, ¿verdad?
—insinué—. Mi juego es mucho más divertido.

Spork se rascó la cuenca del ojo. Sacó un gran bicho negro de dentro y lo arrojó lejos.

—¿Cómo se llama tu juego?

—Cuadro congelado —respondí rápidamente.

Nat y Pat adoraban jugar a ese juego.

—Giramos sobre nosotros mismos mientras damos vueltas y cuando yo diga basta, nos quedamos congelados, a ver quién de nosotros puede conservar el equilibrio sin caerse.

—Suenas divertido —estuvo de acuerdo Spork—. ¿Por qué no?

—Está bien, entonces —dije—. Probémoslo. ¡Gira! —grité.

Ambos empezamos a dar vueltas.

Espié a Spork. Balanceaba los brazos hacia fuera mientras giraba.

—¡Más rápido! —grité—. Mucho más rápido.

Spork giraba más y más rápido mientras daba vueltas en círculo. Golpeaba los arbustos con la cola. Salté fuera de su camino.

Empezó a tambalearse.

—¡Juego interrumpido! —grité.

Spork no parecía oírme. Se balanceó y tropezó con un árbol.

—¡Congelado! —grité.

Se quedó inmóvil donde estaba. Salté hacia él y lo toqué con fuerza desde el este.

—¡Paras! —grité y retrocedí—. ¡Te he tocado desde el este! ¡Esta vez paras de verdad!

Spork se llevó las dos zarpas a la cabeza y cerró los ojos.

Podía ver que todavía estaba mareado. Extendió las piernas y recobró el equilibrio apoyándose en un árbol.

Se golpeó en la cara con una zarpa.

—Lo has logrado —asintió. Se pasó la lengua por los labios y exhaló un profundo suspiro—. Paro —admitió.

—¡Sí, sí, sí! —grité saltando excitada.

Spork se dejó caer contra el peñasco.

—¡Soy libre! —chillé—. El juego ha terminado. —Me di un puñetazo en un brazo—. Iré a rescatar a Nat —dije—. ¿Hacia qué lado está?

Spork señaló con un dedo de su garra hacia la derecha.

—¡Allá vamos! —exclamé.

Nunca había estado tan feliz en toda mi vida.

—Bueno, Spork, viejo amigo —dije sonriéndole—. Ésta es una despedida. ¡Adiós!

—No tan rápido —dijo Spork—. Me temo que no puedes marcharte.

26

—Olvidalo —dije—. ¡No puedes cambiar las reglas otra vez! ¡De ningún modo!

—No puedes marcharte —repitió—. El juego continúa hasta la puesta del sol. —Me miró con ferocidad y decisión.

Miré al cielo. El violeta se transformaba en gris. No quedaba mucho tiempo, pero sí el suficiente.

No sería yo quien pararía otra vez. Podía ocultarme hasta que se hiciera de noche. Pero ¿dónde?

—No te quedes allí —me advirtió Spork—. Podría tocarte otra vez.

—Ni lo sueñes —insistí—. No dejaré que eso ocurra.

Antes de que pudiera moverme, Fleg salió de detrás de un árbol. Su papada se balanceaba de un lado a otro.

Gleeb avanzó detrás de él.

—¡Ella me tocó! —les dijo Spork.

—¡Lo sabía! —dijo Fleg mirándome—. Sabía que habías jugado a este juego antes.

Cerré los puños. Estaba furiosa. Ya había tenido bastante.

Ellos me habían forzado a jugar a su estúpido juego. Pero no iba a perder ahora.

Fleg me hizo señas para que me alejara.

—Tienes tiempo hasta que cuente *trel* —dijo—. Luego nos está permitido ir detrás de ti otra vez.

Me dio la espalda, se cubrió los ojos y empezó a contar:

—*Gling... proo... zee... freen... trel.*

No tenía elección. Corrí.

«No te pares —me dije a mí misma—. No pienses en nada. Corre. Encuentra un lugar donde esconderte».

—¿Preparada? ¡Allá voy! —oí gritar a Fleg.

Detrás de mí, las bestias gruñían de excitación.

Me lancé fuera del camino y me abrí paso a través de la alta hierba, entre los árboles. Salté por encima de una mata de plantas de repollo. Me dolían las piernas y me ardían los pies pero no podía detenerme, no hasta que llegara a un escondite.

Me paré bruscamente al oír el sonido del agua. Estuve a punto de caer en la corriente. Un gran pez azul saltó fuera del agua e intentó morder mis tobillos.

Aquél no era un buen lugar para esconderse. Volví otra vez al bosque.

Un viento frío sopló en mi cara. Las calabazas silbaron su extraña melodía.

—¡Allá voy! —gritó Spork a mi izquierda.

Me obligué a correr más deprisa. De ningún modo permitiría que me tocara. Miré alrededor. ¿En qué dirección iría?

¡El túnel de roca! Lo había visto a pocos metros. Corrí dentro de él.

Sin los gritos de las bestias, el interior resultaba extrañamente silencioso. Dejé de correr y caminé de puntillas.

Cuando llegué al otro lado del túnel, salí y me arrastré entre los espesos árboles. Luego me apoyé contra un tronco y esperé intentando guardar silencio. ¡Respiraba tan fuerte que temía que las bestias pudieran oírme!

Al cabo de un momento, sentí el temblor de tierra que anunciaba que las bestias se acercaban. Contuve la respiración y me agaché debajo de una planta sombrilla. Segundos más tarde, Fleg, Spork y Gleeb salieron del túnel y corrieron por el sendero. Cuatro bestias más los seguían. Pasaron junto al arbusto en el que me escondía, se internaron con gran estrépito en el bosque y se alejaron.

Esperé a estar segura de que se habían ido.

Silencio.

Exhalé un suspiro de alivio.

Me puse en pie y me estiré. Algo corrió hacia mí desde atrás.

—¡No! —grité con terror.

Dos brazos me rodearon la cintura. Y alguien me arrojó al suelo.

27

Golpeé y pataleé con furia.

—Para. ¡Déjalo ya! —pidió una voz familiar.

—¡Nat! —grité. Giré en redondo—. ¡Nat! ¡Estás a salvo! ¿Cómo has salido de la jaula?

—¿Jaula? ¿Qué jaula? —Mi hermano me miró entornando los ojos.

—La jaula de castigo —declaré—. Nat, ¿cómo has escapado? ¿Te han dejado marchar ellos?

—No soy Nat. Soy yo, Pat.

—¿Pat? —Lo miré confundida. Luego le arrojé los brazos al cuello. Nunca había estado tan contenta de verlo.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—¿Dónde he estado? —me gritó Pat—. ¿Dónde has estado tú? Os he estado buscando por todas partes. Estos bosques son escalofriantes.

Miró alrededor.

—¿Pero dónde está Nat?

—Atrapado —empecé a explicarle—. Verás, las bestias lo tienen. Después de que tú corrieras hacia el interior del bosque, tuvimos que jugar a ese juego y...

—¿Un juego? —gritó Pat. Sacudió la cabeza con incredulidad—. He estado perdido en el bosque... ¿y vosotros dos jugando?

—No es lo que piensas —expliqué.

Inspeccioné los árboles a nuestro alrededor en busca de algún signo de las bestias.

—Nos obligaron a jugar —le dije a Pat bajando la voz hasta convertirla en un murmullo—. Es como jugar a tocar y a parar... sólo que ellos juegan para siempre. Yo era la Bestia del Este y...

—De acuerdo. —Pat levantó los ojos hacia el cielo.

—De verdad —insistí—. Ese juego es mortal, tienes que creerme.

—¿Por qué? —Pat se encogió de hombros—. Tú nunca me crees. ¿Por qué debería hacerlo yo?

—Porque si perdemos, ¡nos comerán! —le dije.

Pat estalló en una carcajada.

—¡Lo digo en serio! —Agarré a mi hermano de los hombros y lo sacudí con fuerza—. ¡Te digo la verdad! Es peligroso. Fleg y Spork andan detrás de mí en este momento.

Pat se liberó de mis manos.

—De acuerdo. Fleg y Spork. ¡Uuuf, uuuf! —articuló Pat.

—¡Chsss! ¡Cállate! —Tiré de él llevándolo detrás de una planta sombrilla—. Pat, debes creerme. Están por todas partes a nuestro alrededor. ¡Podrían atraparnos si no tenemos cuidado!

—Y supongo que este juego ha sido idea de ellos —preguntó.

—Sí —respondí.

—Y supongo que pueden hablar —siguió Pat—, y en nuestro idioma.

—Sí. Sí. Sí —insistí.

—Eres más rara de lo que pensé —dijo Pat sacudiendo la cabeza—. Así que, ¿dónde está Nat? De verdad.

—¡Grrr!

Un profundo rugido resonó en las rocas cercanas.

—¡Por aquí! —bramó una bestia—. ¡Cerca del túnel!

Se oyeron fuertes pisadas cada vez más cercanas. El suelo tembló bajo nuestros pies.

Pat abrió mucho los ojos sorprendido y me tomó del brazo.

—¡Son ellos! —exclamé—. ¿Me crees ahora?

Pat tragó saliva con fuerza y asintió con la cabeza.

—Sí. Te creo —dijo con voz entrecortada.

—¡Ella está aquí! —gritó una bestia.

—Nos ha oído —susurré al oído de mi hermano—. ¡Corre!

Pat y yo empezamos a correr a través del bosque, saltando sobre troncos caídos, apartando ramas de nuestras caras.

—¡Por aquí! —grité. Agarré la mano de Pat—. Agáchate.

Nos agachamos entre un espeso grupo de árboles.

Spork hizo ruido al pasar junto a nosotros. Podía oír cómo olfateaba el aire.

—¿Puede olerlos? —susurró Pat.

—¡Chssss! —Me llevé un dedo a los labios.

Nos arrastramos entre los arbustos. Fleg apareció corriendo en dirección a nosotros.

Caí sobre manos y rodillas. Empujé a Pat hacia abajo, junto a mí. Fleg pasó a nuestro lado con gran estruendo.

Sabía que no estábamos a salvo. Seguirían más bestias. Y una de ellas podría encontrarnos.

Hice señas a Pat para que me siguiera.

Nos adentramos más en el bosque. Los árboles crecían más juntos allí, los arbustos eran tan densos que no podía ver entre ellos. Alargué un brazo para tantear el camino. Rocé algo con la mano. Algo grande, caliente y peludo.

28

Salté hacia atrás y choqué contra Pat.

¿Qué era lo que había tocado?

Los arbustos se separaron y salió una extraña criatura. Nunca había visto nada igual. Tenía el cuerpo de perro tan grande como el de un pastor alemán y la cara de ardilla.

«¡No puedo creerlo!», pensé.

También podía hablar.

—¡Por aquí! ¡Deprisa! —apremió la criatura con voz chillona. Torció su nariz de ardilla, mientras agitaba su peluda cola de perro.

¿Podíamos confiar en él?

—¡Aquí! —repitió.

Agitó una pata en el aire. Señaló un arbusto de grandes hojas naranja.

Pat se quedó atrás, pero yo me adelanté. Vi la entrada a una cueva oculta detrás de las hojas.

—Es un buen escondite —le dije a Pat.

—Es la cueva escondite —anunció el perro ardilla—. La cueva escondite es el lugar para ocultarse. ¡Deprisa! —El animal apartó las hojas para darnos paso.

El suelo tembló. Me volví y vi bestias de pelo azul a lo lejos. Se movían con rapidez hacia nosotros.

—Será mejor que lo hagamos, Pat —dije.

Pat dudaba.

Tomé su mano y tiré de él. Me incliné para entrar a la cueva escondite.

De pronto recordé lo ocurrido cuando Nat tocó la roca de castigo. La idea me hizo estremecer. ¿Estaríamos a salvo en la cueva escondite?

¡Tung! ¡Tung!

Las bestias se acercaban más.

Pat dudaba y se quedaba atrás.

—¿Dónde están? —gritó una bestia. Reconocí la voz de Fleg.

—Deben de estar cerca —respondió Spork.

El perro ardilla se quedó fuera. Soltó las hojas naranja y éstas volvieron a su lugar, tapando la entrada de la cueva.

Dentro, Pat y yo nos agachamos, ocultándonos de la vista.

Nos acurrucamos uno junto al otro. El aire estaba húmedo y despedía un olor agrio que yo intentaba ignorar.

Me dejé caer contra la pared de la cueva y me limpié el sudor de la frente.

—Intenta ponerte cómodo —le susurré a Pat—. Puede que estemos aquí un largo rato.

Algo me hizo cosquillas en el cuello y alargué la mano para rascarme. Luego sentí cosquillas en la oreja y me estremecí.

Me pasé la mano por la cara y sentí que algo corría por mi mejilla.

—¡Uau! —grité cuando sentí un fuerte mordisco en el hombro.

Me volví hacia Pat que estaba golpeándose con la mano las orejas y el cuello.

Algo me pasó zumbando junto al oído y me rozó el pelo. Sacudí la cabeza con fuerza.

Todo el cuerpo me picaba y sentía un hormigueo horrible. ¡Cada centímetro!

A mi lado, Pat se retorció, se rascaba y pataleaba.

Me puse en pie de un salto.

—¡Ayuda! —grité—. ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando aquí?

29

—¡Ayuda! —grité mientras me rascaba con desesperación—. ¡Ayúdenos!

La cara del perro ardilla asomó por la entrada.

—¿Qué nos está pasando? —grité retorciéndome y rascándome.

—Olvidé decíroslo —susurró la extraña criatura—. ¡La cueva escondite es también un escondite para bichos!

¡Bichos!

—¡Ohhh! —Pat emitió un gemido ronco. Se frotó la espalda contra la pared y se rascó el pelo.

Los bichos estaban por todas partes. Corrían por las paredes, volaban por el aire. Zumbaban, silbaban, hacían chasquidos. Subían y bajaban por mis brazos y mis piernas, por mi cara y por mi pelo.

Me saqué alguna clase de gusano de la mejilla. Me pasé la mano por los brazos y las piernas, barriendo los bichos hacia el suelo de la cueva.

Pat se revolvía junto a mí.

—Quítamelos de encima, Ginger —gemía—. ¡Ayuuuda!

—¡Chsss! —El perro ardilla asomó la nariz dentro de la cueva otra vez—. ¡Silencio! Aquí viene la Bestia del Este. ¡No hagáis ruido u os encontrará!

Pat y yo nos acercamos más el uno al otro.

Contuve la respiración e intenté no moverme.

Conté hasta diez en silencio. Simulé que no había bichos en mi cuerpo.

Cerré los ojos e imaginé mi dormitorio: los pósters en la pared,

mi cómoda cama con dosel. Pensé en estar bajo las sábanas a punto de dormirme.

¡Y luego pensé en las chinches!

No podía ignorar los insectos que se arrastraban sobre mí; era imposible no pensar en ellos.

No podía soportarlo. Necesitaba rascarme. ¡Necesitaba gritar! No podía quedarme allí sentada, un segundo más.

Oí las pisadas de una bestia junto a la entrada de la cueva y reconocí la voz de Spork.

—¡Eh...! —le dijo gruñendo al perro ardilla—. ¿Has visto extranjeros por aquí?

¿Conocía Spork a esa criatura? ¿Eran amigos?

—Respóndeme —pidió Spork.

Esperé la respuesta del perro ardilla. «Por favor, no les digas que estamos aquí escondidos —rogué—. Por favor».

Un bicho gordo y mojado aterrizó en mi cara. Lo cogí con los dedos. Se agarró a mi mejilla y tiré con más fuerza, pero no podía despegarlo.

Sentí que un grito crecía dentro de mí. No pude aguantar más. Abrí la boca. Tenía que gritar. ¡Tenía que hacerlo!

30

—Ah...

Me tapé la boca con la mano, aunque dejé escapar un pequeño grito agudo.

Las hojas naranja crujieron, mientras la pata de Fleg asomaba en la entrada de la cueva.

Me quedé helada. Oí el grito sofocado de Pat.

—¿Qué hay aquí dentro? —le preguntó Fleg al perro ardilla.

—Bichos —replicó él—. Miles de bichos.

«¡Millones!», pensé amargamente. Los bichos se arrastraban por mi cara, mis brazos y mis piernas y zumbaban en mis oídos.

Fleg metió la nariz en la cueva.

Contuve la respiración.

Fleg olfateó.

—¿Qué es ese olor tan horrible? —se quejó.

—Insectos —escuché que le respondía el perro ardilla.

—¡Apestan! —murmuró Fleg. Soltó las hojas que se reacomodaron en su lugar—. Aquí dentro sólo hay bichos —informó Fleg a Spork—. No hay humanos.

—Por supuesto que no —dijo con calma el perro ardilla—. Los humanos se fueron por el otro lado.

—¿Por qué no nos lo has dicho? —estalló Fleg.

Spork les gritó a las otras bestias.

—¡No están aquí! ¡Por el otro lado, deprisa! Nos quedan sólo *tres* minutos para jugar.

—La encontraré —oí que Spork les decía a los otros—. ¡Tengo

que tocarla otra vez! ¡Ningún humano me hará Bestia del Este!

Oí sus pisadas que se dirigían en otra dirección.

¡Sólo *trel* minutos! No sabía qué quería decir *trel* exactamente, pero sabía que el juego estaba a punto de terminar. ¡Si Spork no me tocaba otra vez, mis hermanos y yo estaríamos salvados!

Pero no podía aguantar ni un segundo más en esa cueva infestada de bichos.

Me acerqué a la entrada con las piernas temblorosas. ¡Sentía tal picazón, que apenas si podía controlar los músculos!

Espié fuera de la cueva.

—¿Se han ido todos? —le susurré al perro ardilla.

—Por ahora —me respondió.

—¡Salgamos de aquí! —le grité a Pat. Corrí fuera de la cueva. Él saltó detrás de mí.

Frenéticamente nos sacamos los bichos de la piel y la ropa. Me rasqué la cabeza y me froté la espalda contra un árbol.

Pat pisoteó el suelo con fuerza.

—¡Los tengo hasta en las botas! —se quejó. Se desató los cordones y se quitó una bota, la sacudió y unos cien bichos negros cayeron al suelo y se escabulleron.

—¡Nunca dejaré de sentir este picor! —gemí—. ¡Me durará el resto de mi vida!

—Será mejor que os escondáis —nos advirtió el perro ardilla—. Podrían regresar. Y sólo os está permitido usar la cueva escondite una vez por juego.

Pat y yo dimos las gracias a la extraña criatura y nos internamos en el bosque.

No había estado en esa parte del bosque antes. Nos abrimos camino a través de una hilera de altos arbustos y nos detuvimos.

Un sauce gigante se elevaba ante nosotros, sus ramas se extendían hacia abajo, barriendo el suelo.

¿El sauce Gulla?

No había ninguna duda.

Miré alrededor en busca de un escondite. Una larga roca baja se extendía detrás del árbol. Sólo nos quedaban unos minutos.

—Deprisa —murmuré, agarrando a Pat.

Tiré de él escondiéndole tras la roca.

—Seguro que es el sauce Gulla —le dije—. Cuando el sol se ponga detrás de él, estaremos a salvo.

Pat asintió, pero no respondió. Respiraba con dificultad, se rascaba las mejillas, porque todavía sentía comezón. A los dos aún nos picaba todo.

—Mantente agachado —le advertí—. Y no toques la roca.

Nos agachamos juntos en silencio y esperamos. El corazón me latía muy fuerte. Sentía un hormigueo en la piel. Acurrucada junto a mi hermano escuché.

No se oía nada, sólo el murmullo del viento entre los árboles, ningún otro sonido.

—¿Estamos a salvo ahora? —preguntó Pat con un susurro tembloroso.

—Aún no —respondí.

Levanté los ojos hacia el cielo gris carbón. Un último rayo de luz violeta se derramaba sobre la copa del sauce.

«¡Deprisa! —apremié al sol—. ¡Baja! ¿A qué esperas?»

El cielo se oscureció y la luz violeta se desvaneció detrás del sauce Gulla.

Sólo quedaba el cielo gris ahora, el cielo nocturno.

El sol se había puesto.

—¡Estamos a salvo! —grité poniéndome en pie de un salto. Me volví y abracé a Pat—. ¡Estamos a salvo! Lo hemos conseguido.

Salí de detrás de la roca.

Una pesada mano me golpeó con fuerza en el hombro.

—¡Paras! —bramó Spork—. ¡Tú eres la Bestia del Este!

31

—¿Eh? —grité sorprendida. Aún podía sentir la palmada de la bestia en el hombro.

—¡No es justo! —gritó Pat—. ¡No es justo! —Miraba a las bestias mientras nos rodeaban. Nunca antes las había visto tan cerca.

—¡Es de noche! ¡El sol se ha puesto! —protesté—. ¡No podéis tocarme ahora!

—¡El juego ha terminado! ¡El juego ha terminado! —gritó Fleg. Salió del bosque y corrió hacia el círculo de bestias.

Señalé con enfado el sauce Gulla.

—El sol ya se ha puesto detrás del árbol. ¡No podéis tocarme!

—Aún no se ha nombrado el fin del juego —dijo Spork con calma—. Ya conoces la regla. Fleg tiene que gritar «Juego terminado» antes de que el juego se acabe.

Todas las bestias estuvieron de acuerdo.

Apreté los puños.

—P-pe-pero... —tartamudeé. Bajé la cabeza derrotada. Sabía que no me escucharían.

Pat tragó saliva.

—¿Qué harán ahora, Ginger? —murmuró con suavidad—. ¿Nos harán daño?

—Ya te lo he dicho —le susurré—. Van a comernos.

Pat dejó escapar un grito. Empezó a decir algo, pero ya no había tiempo.

Fleg se adelantó, me agarró por la cintura y me arrojó sobre su hombro.

La sangre me subió a la cabeza y me sentí mareada. ¡El suelo estaba tan lejos!

Spork levantó a Pat sobre su hombro.

—¡Eh...! —protesté—. ¡Baja a mi hermano!

—Él ha sido tu ayudante —replicó Spork—. ¡Siempre nos comemos también al ayudante!

—¡Bajadme! —chilló Pat. Dejadme ir.

Pero la enorme bestia no le hizo ni caso.

Nos llevaron a los dos a un pequeño claro. Había un gran pozo de piedra en el centro; un fuego vivo ardía dentro de él y sus llamas amarillas y azules se elevaban hacia el cielo.

Fleg me dejó sobre un tocón de árbol. Spork dejó a Pat a mi lado. Las bestias formaron un círculo alrededor de nosotros. Babeaban y se chupaban los labios. Creí oír un trueno. Pero pronto me di cuenta de que eran sus estómagos que rugían.

—Es día de huida —dijo Spork sonriendo—. El día de huida siempre hacemos barbacoa.

Tragué saliva con fuerza y miré las llamas que subían al cielo. Me rodeé el pecho con los brazos, abrazándome.

Spork hurgó en el fuego con una larga vara de metal y me apuntó con ella.

—Yum, yum —sonrió frotándose la barriga.

Sentí náuseas.

Gleeb arrastró una enorme olla sobre el fuego y la puso en medio de las llamas. Fleg cogió algunas calabazas de los árboles cercanos, las abrió y volcó su jugo amarillo dentro de la olla. Recogió palos y hojas y los arrojó también dentro.

Gleeb removió y removió. Un olor a podrido salió de la olla.

—El caldo está listo —anunció Gleeb.

Me volví hacia Pat.

—Lo siento —le dije con voz temblorosa—. Lamento haber perdido el juego.

—También yo lo siento —murmuró con los ojos puestos en las llamas.

Las bestias empezaron a cantar:

—«¡Día de huida, día de huida, día de huida!»

—¿Quién trae la salsa de barbacoa? —preguntó Spork—. ¡Me

muero de hambre!

Fleg me levantó en sus brazos y me llevó hacia la olla.

32

—¡Uaaaa! ¡Esperad! ¡Alto!

Una voz familiar gritaba a través del claro.

Giré la cabeza.

—¡Nat! —grité.

—¡Ginger! —repuso Nat. Corrió hacia nosotros agitando los brazos—. ¿Qué ocurre? ¿Qué están haciendo?

Fleg me soltó.

—¡Nat...! —grité—. ¡Corre! ¡Busca ayuda! ¡Deprisa!

Se detuvo.

—Pero Ginger...

—Te comerán a ti también —chillé—. ¡Corre!

—¡Capturadle! —gritó Spork a las otras bestias.

Gleeb y otros salieron detrás de Nat.

Nat dio media vuelta, corrió hacia el bosque y desapareció entre los árboles. Observé impotente cómo le perseguían las bestias.

«No lo encontraréis —rogué cruzando los diez dedos—. Nat escapará —me dije a mí misma—. Trepará a un árbol. Se alejará de ellos. Luego correrá y encontrará ayuda». Pat y yo miramos los oscuros árboles y esperamos.

—¡Oh, nooo! —Proferí un largo gemido cuando las bestias regresaron del bosque y vi que una de ellas cargaba a Nat sobre su hombro.

Nat pataleaba y golpeaba con los puños, pero no podía liberarse. La bestia descargó a Nat junto a Pat y a mí. Nat aterrizó de bruces.

Ahora nos tenían a los tres. ¡Vaya festín!

Spork y Fleg nos miraban hambrientos. Gleeb se pasaba la lengua por su largo colmillo.

Me dejé caer junto a Nat.

—¿Cómo has logrado salir? —le pregunté—. ¿Cómo has logrado liberarte de esa jaula?

Nat se dio la vuelta y se sentó.

—No fue tan difícil —dijo gimiendo—. Los barrotes eran débiles. Trabajé y trabajé... hasta sacar los necesarios; luego salí.

—Deberías haberte alejado —le dije—. Deberías haber corrido muy lejos. Ahora ellos te comerán a ti también.

Nat levantó los ojos hacia la olla y el fuego.

—N-no quiero jugar más —tartamudeó.

—Nat —susurré con tristeza—, me temo que el juego está a punto de terminar.

33

—¡Silencio! —pidió Fleg—. Cena, dejad de hablar.

Miró a Nat entornando los ojos. Incluyó la cabeza y les susurró algo a Spork y a Gleeb.

Las otras bestias se acercaron más. Todos movían los ojos de Pat a Nat. Empezaron a murmurar entre ellas sacudiendo sus grandes cabezas peludas. Sus hocicos se movían arriba y abajo mientras hablaban.

—¡Te has duplicado! —le dijo Spork a Pat—. ¡Has hecho una clonación clásica!

Miré a las bestias. Estudié sus expresiones sorprendidas. ¿Nunca antes habían visto mellizos?

—¡Os duplicáis! —declaró Fleg—. Ésa es una clonación clásica. ¿Por qué no nos lo habéis dicho? —inquirió.

—Eh... ¿deciros qué? —pregunté.

Fleg me miró echando fuego por los ojos.

—¿Por qué no nos habéis dicho que erais jugadores de nivel tres?

Mis hermanos y yo intercambiamos miradas confusas.

—Estáis en el juego equivocado —anunció Spork sacudiendo la cabeza.

—Si podéis duplicaros, eso significa que pertenecéis al nivel tres —dijo Fleg. Se golpeó la peluda frente—. ¡Estoy tan desconcertado! ¿Por qué no nos lo habéis dicho antes?

—Bueno, os dije que no queríamos jugar —repliqué bruscamente—. Pero no queráis escucharme.

—Cuánto lo siento —se disculpó Fleg—. Sólo somos jugadores de nivel uno. Somos principiantes, no expertos como vosotros.

—¿Expertos? —murmuró Pat. Se volvió hacia mí y levantó los ojos al cielo.

—Es por eso que debemos jugar durante el día —explicó Fleg—. No estamos preparados para jugar de noche.

A nuestro alrededor, las bestias murmuraban y sacudían la cabeza.

—Por supuesto que ahora debemos dejaros marchar —dijo Fleg, rascándose la papada.

—Bueno, por supuesto —repuse. Quería saltar arriba y abajo y gritar de alegría. Pero de algún modo me contuve.

—¿Es así? —preguntó Nat a Fleg—. ¿Estamos libres?

—Sí. Adiós. —Fleg frunció el ceño. Se frotó el estómago. Lo oí rugir.

—No preguntes más —le dije a Nat—. ¡Salgamos de aquí!

—Adiós —repitió Fleg. Agitó sus patas como si intentara espantarnos.

Me puse en pie de un salto. Ya no me sentía cansada ni asustada ni sucia, ni tenía picazón.

¡Esta vez el juego había terminado realmente!

—¿Cómo encontraremos a nuestros padres? —pregunté.

—Eso es fácil —replicó Fleg—. Seguid ese sendero —señaló—. Seguidlo a través de los árboles y os llevará de regreso a vuestro mundo.

Nos despedimos y nos marchamos. El estrecho camino de tierra serpenteaba entre los árboles. Una luz de luna plateada danzaba sobre el suelo.

—¡Me alegro tanto de que seáis gemelos! —exclamé. ¡Nunca antes había dicho eso! Pero ahora lo pensaba realmente. ¡Ellos habían salvado nuestras vidas!

Los árboles raleaban. Podía ver una luna llena que se alzaba sobre sus oscuras copas. Sentí como si corriéramos hacia ella, hacia su tibia luz blanca.

—Mamá y papá no creerán nunca esta historia —dije. Planeé contarles cada horrible detalle.

—Tienen que creernos —declaró Pat—. Todo es verdad.

Empecé a correr. Mis hermanos corrieron más deprisa para alcanzarme. No podía esperar ni un minuto más. Nuestros padres debían de estar muy preocupados.

—¡Oh! —Di un grito ahogado y me paré en seco.

Pat y Nat tropezaron conmigo. Los tres luchamos por conservar el equilibrio.

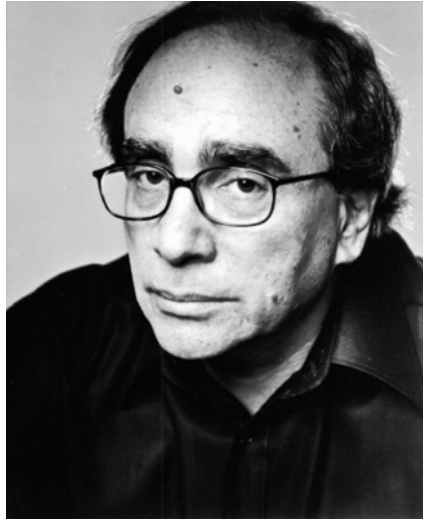
Una enorme bestia había salido de detrás de un árbol y nos bloqueaba el camino.

Cruzó sus peludos brazos sobre el enorme pecho. El hocico le brillaba mientras nos miraba con sus fríos ojos de mármol. Abrió los labios y gruñó enseñando su largo colmillo.

Yo no tenía miedo. No esta vez.

—Hazte a un lado —le ordené—. Debes dejarnos pasar. Mis hermanos y yo somos jugadores de nivel tres.

—¿Sois de nivel tres? ¡Eh, eso es estupendo! ¡Igual que yo! —exclamó la bestia—. ¡Tocados! Paráis.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

Ha logrado que *ocho* de los *diez* libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos sean suyos. De sus relatos, editados en las colecciones *Pesadillas* y *La calle del terror*, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.

Bob creció en Columbus, Ohio, y en la actualidad vive cerca de Central Park, en Nueva York.